

No gustaría mucho a los hombres de Campo de Mayo, pero calmaría a los amigos de Perón, que aún eran muchos en el ejército:

“En la reunión de gabinete de esta mañana el gobierno resolvió llamar a elecciones para el mes de abril. A pedido mío y como homenaje al Día de la Raza, que es el día de la propia argentinidad, solicité que el decreto se firmase el 12 de octubre. El señor vicepresidente, coronel Perón, en su oportunidad contrajo un compromiso íntimo consigo mismo que significaba un compromiso con el pueblo de la República y con las instituciones armadas, de renunciar a todas las funciones que desempeñaba actualmente así que el P. E. llamase a elecciones. Anticipándose en dos días a la fecha del decreto, el coronel Perón ha presentado se renuncia de vicepresidente de la Nación, de Ministro de Guerra y de secretario de Trabajo y Previsión. Dejo al criterio periodístico y al sentimiento público el comentario de esta actitud que, como ciudadanos, dignifica al país porque es expresión de su propia dignidad, y dignifica al ejército porque también es expresión de sus mejores virtudes”

Se difundió de inmediato por la red oficial de radioemisoras, y al día siguiente por toda la prensa.

Los diarios de la tarde (*Noticias Gráficas*, *La Razón*) daban informes sobre la reunión de Campo de Mayo, fueron secuestrados para que sólo se oyera la campana ministerial.

No convenció a nadie. Y disgustó a Campo de Mayo.

10 de octubre

En la noche del 9, como trascendiera por las radios uruguayas la caída de Perón, hubo manifestaciones improvisadas de estudiantes y señoras en la calle Florida: “¡Ya se fue! ¡Libertad!”, que la policía reprimió con saldos de heridos y señoras mandadas al Buen Pastor. Las informaciones de Montevideo sobaban en fantasía y sensacionalismo: escudados en el “se dice...”, suponían que Ávalos y Perón se habían trenzado a balazos, Campo de Mayo sublevado para no entregar al presidente de la Suprema Corte, refugiado allí al escapar de la policía. Se le entregaría el gobierno, y los militares volverían para siempre a los cuarteles...

A medianoche trascendió que había renunciado el jefe de policía, Velazco. El juez federal Horacio Fox se constituyó por su cuenta en Villa Devoto y el Buen Pastor para liberar a los presos de ambos sexos detenidos desde que se implantó el estado de sitio.

A la mañana del 10, pese al comunicado ministerial, a nadie se le ocultaba que Perón había sido expulsado, aunque *La Nación* y *La Prensa* daban con prudencia el comunicado de Quijano para no correr la suerte de los vespertinos.

Una desconfiada quietud había sucedido al entusiasmo de la noche. Perón había caído es cierto pero los militares quedaban en el gobierno. ¿No era ese general Ávalos uno de los hombres fuertes del famoso GOU? ¿Por qué se dejaba a Farrell? La policía impidió en la calle Florida que se gritase “¡Lo milico al cuartel!”, pero no detuvo a nadie porque el juez Fox inmediatamente lo liberaría. No obstante los opositores prefirieron reunirse en locales cerrados (el Jockey Club, el Círculo de Armas, el Club de Bridge) para exteriorizar su alegría y oír las noticias de las radios uruguayas.

Hay acuerdo de gabinete en la Casa de Gobierno, menos Ávalos que todavía no ha jurado y permanece en Campo de Mayo. Algunos sobrevivientes presentan sus renuncias (Antille prefirió esperar a que se la pidieran). Farrell las acepta de palabra, pues debe consultar con el novel ministro de guerra- ahora el hombre fuerte de la situación – el nombre de los sustitutos. Sólo se adelanta a nombrar Secretario de Aeronáutica al comodoro Edmundo Sustaita (que el día anterior se había ofrecido a Perón para bombardear a Campo de Mayo) y jefe de policía al coronel Aristóbulo Mittelbach, también conocido peronista²²³.

Hay inquietud en los obreros. Espontáneamente se reúnen en sus locales y quieren demostrar su gratitud a Perón. Un grupo de setenta provenientes de Quilmes (Cipriano Reyes, Luis Gay, Alcides Montiel y Ramón Tejada entre ellos) lo vista a mediodía en su casa.

“Usted ya ha cumplido con el ejército.... ¡Ahora es nuestro! ¡Ahora es el líder de los obreros!”

Entre los amigos de Perón están presentes (Solveyra Casares, Mercante), surgió la idea de que Perón se despidiera formalmente de los obreros con un acto en la Secretaría de Trabajo.

²²³ Avalos había pedido a Farrell las renuncias del brigadier de la Colina y del general Velazco, sin señalar los sucesores. A eso deberían los nombramientos. No fue Ávalos, ministro de guerra nonato, sino Quijano, ministro del interior, quien los referendaría.

Mercante fue a gestionar la autorización de Farrell, y que se permitiera su difusión por radio. Farrell no puso inconveniente. Mercante instaló parlantes en el frente del edificio. Desde las 14 las estaciones anunciaron el acto que se realizaría a las 19.

Llegada la hora, se calcula que 70.000 personas llenaban las proximidades del edificio. Al aparecer Perón en un palco, que se levantó en la calle Perú, la ovación fue estruendosa: “¡Perón Presidente!” Sus palabras improvisadas fueron constantemente interrumpidas con aplausos y aclamaciones.

“La obra cumplida es de una consistencia tan firme que no cederá ante nada, y la aprecian, no los que la denigran. Sino los obreros que la sienten. Esta obra social que sólo los trabajadores la aprecian en su verdadero valor, debe también ser defendida por ellos en todos los terrenos (...). Ahora, como ciudadano, al alejarme de la función pública, al dejar esta casa que tiene tantos gratos recuerdos para mí, deseo manifestar una vez más mi fe en una democracia perfecta tal como la entendemos aquí (...). Fijemos nuestra posición incorruptible e indomable frente a la oligarquía. Los trabajadores deben confiar en sí mismos, y recordar que la emancipación de la clase obrera está en el propio obrero. Estamos empeñados en una batalla que ganaremos porque el mundo marcha en esa dirección (...). Venceremos en un año, o venceremos en diez, pero venceremos. En esa obra, para mí sagrada, me pongo al servicio del pueblo (...) (*aclamaciones por largo rato*). Si para despertar esa fe es necesario, me incorporaré a un sindicato y lucharé desde abajo. (¡Viva ¡ ¡Perón presidente!). Pido orden para que sigamos en nuestra marcha triunfal, pero si es necesario ¡ algún día pediré la guerra! (...). (¡La haremos!). No voy a decirles adiós ...les digo *hasta siempre*, porque de ahora en adelante estaré entre ustedes más cerca que nunca”.

La explosión de entusiasmo fue grande; la desconcentración lenta y difícil. Los grupos que vivaban a Perón se cruzaban con los que clamaban “¡Ya se fue!”. Hubo disparos de armas contra los *peronistas* porque su actitud alegre (aún en esos momentos) no era entendida por sus enemigos. Como no podían entenderla, la odiaban. No hay odio más fuerte, que el producido por lo incomprendible.

Cuando se supo en Campo de Mayo lo ocurrido frente a la Secretaría de Trabajo, agravado con la despedida de Velazco a la policía (donde la tropa prorrumpió en largos vivas (y a Perón), la furia de los revolucionarios llegó al colmo. Que Perón dispusiera de los radios, que se permitiera un mitin de obreros frente al céntrico edificio de la Secretaría de Trabajo, y que la policía no reprimiese esas manifestaciones por las calles céntricas, era totalmente inadmisibles. Había que acabar de cuajo con el *peronismo*.

Dos ómnibus y cerca de treinta automóviles, trayendo alumnos de la Escuela Superior de Guerra llegaron a Campo de Mayo cerca de medianoche a pedir explicaciones a los jefes de la guarnición. El subdirector, general Virginio Zucal, habló seriamente con Ávalos: ¿Qué revolución era esa?...Había que desmentir el comunicado de Quijano sobre la renuncia espontánea de Perón, y meterlo preso “para que no anduviese haciéndose el loco”. El flamante ministro de guerra se comprometió a tenerlo a buen recaudo en la Marina (pues el ejército no era seguro), y si era posible en Martín García. Y que exigiría la renuncia de Quijano y los demás ministros. También que cambiaría los comandos de los regimientos cercanos a la Capital, y al director del Colegio Militar.

Jueves 11 de octubre. Sabattini

Avalos, que el día anterior había asumido formalmente el ministerio, reúne a la mañana a los periodistas:

“Desde este momento ha cambiado la política del país. No hay candidatos oficiales”.

No era verdad. Había un candidato oficial, por lo menos candidato suyo: Amadeo Sabatini el exgobernador de Córdoba y jefe del radicalismo intransigente. Llamado por Ávalos había llegado de Villa María en las primeras horas del 11, y se hospedaba – calladamente – en la residencia de su yerno, Raúl Barón Biza, en la calle Vicente López cerca de la Recoleta. De inmediato lo entrevistó Ávalos, con quien mantenía gran amistad. Muchas opiniones (Perón entre ellas) creen que Sabattini inspiró la actitud de Ávalos contra Perón. El cordobés había rechazado la alianza que le propuso Perón, porque el coronel quería la presidencia “y la presidencia debería ser de un radical”. Pero una fórmula Sabatini- Avalos, unidos al radicalismo con el ejército era potable. Se llegó a decir que Ávalos se inscribió en el partido radical.

A la tarde se oyó en la radio un comunicado de la presidencia que, tangencialmente, desmentía el comunicado de Quijano del 9. Conjeturalmente por sugerencia de Sabattini:

“...durante las consultas realizadas el 9 de octubre por el primer magistrado con los jefes y oficiales de Campo de Mayo, que culminaron con la renuncia del señor coronel Perón, aquéllos reiteraron su anhelo de que el futuro gobierno sea la expresión auténtica de la voluntad popular, oponiéndose en tal sentido a toda candidatura que no surja de aquella voluntad con el vivo deseo de que se evite en absoluto toda insinuación o sugestión”.

Esa noche del 11 al 12 no había diarios (*Crítica* estaba clausurada desde el 4, y *La Razón y Noticias Gráficas* no se es habían levantado las sanciones que les impuso Quijano el 9). Todo el mundo estaba pendiente de las radios de Montevideo, por las tremendas exageraciones de *El Espectador* y *Radio Carve*. A media noche (precisamente cuando empezaba el día 12 anunciado por Quijano) se leyó el decreto de convocatoria a elecciones de toda autoridad nacional provincial para el domingo 7 de abril, posiblemente sugerido por Sabattini. Acompañado de un breve mensaje para que “surjan de las urnas los hombres capaces y honestos que merecen la confianza de la República”. La firmaba Farrell y Quijano.

Farrell parece firme en la presidencia, pero no recibe periodistas. ¿Dónde está Perón?....No lo han detenido; permanece en el departamento de la calle Posadas.....¿Y Ávalos?....Va y viene de Campo de Mayo al ministerio de guerra de la calle Callao y de allí a la Casa de Gobierno y a lo de Barón Biza.

¿Quién gobierna la Argentina?...Nadie;, la revolución del 9 ha sido una reacción negativa: sacar a Perón. Lo que vendrá después no se sabe.

O más bien, son muchos los que creen saberlo: los militares resentidos con perón, los que aun se dicen “nacionalistas”, los que fueron justitas, los marinos celosos del dominio de la otra arma, entre la gente que calza espada. Todos tienen la brújula para sortear la tormenta....pero también está, la otra gente: el Círculo de Armas, el Club de Bridge, el mundo de los negocios, las embajadas, las redacciones de los diarios.

Nadie sabe lo que ocurre y menos lo que va a ocurrir. Después de dos días de incertidumbres, sólo hay una certeza: Perón ha sido eliminado. Pero ¿Quién gobierna, quien gobernará? Se está en vísperas de un parto, demorado inexplicablemente por Ávalos que no ha resuelto la renuncia de los ministros, si es que renunciaron como se dice.

Todos creen que la revolución del 9 de octubre, es “su” revolución. Para los militares “nacionalistas”, resentidos con perón, el programa regenerador del 4 de junio debe mantenerse con el prestigio del ejército: se lo ha echado al que lo ofendía con su vida privada, se inclinaba peligrosamente a los obreros y prefirió un funcionario de Correos a un teniente coronel de comunicaciones. Para Ávalos y Campo de Mayo, la solución estaba en que Farrell diese elecciones para que ganase Sabattini. Para los civiles “democráticos”, ha caído con Perón el régimen militar y el poder debe ir a la corte; después se verá a quien elegir presidente constitucional.

¿Quien dice los partidos políticos!...”En la Casa Radical – dice Arturo Frondizi – virtualmente copada por los comunistas, se discutía permanentemente la actitud que debía adoptar el partido. Los intransigentes era agraviados y hasta agredidos: yo me salvé porque muchos de los que allí estaban copando la casa, habían sido defendidos por mí cuando fueron presos políticos”²²⁴. Dominaban los unionistas y el repudio a mantener aunque fuese la apariencia de un gobierno militar, era completa. Frondizi habla con Sabattini, que no ha querido acercarse a la Casa Radical. “Haga algo, doctor! ¡De un paso al frente! ¡Cualquier cosa! (...) por ejemplo ir a la Casa Rosada a hablar con Ávalos. En el ejército hay malestar (contra los radicales). Se han dicho cosas terribles contra las Fuerzas Armadas en la Casa Radical y entre la gente que asistía a los debates públicos había muchos oficiales de civil escuchando eso...El ejército no va a permitir que se vuelva a lo de antes, al 43...¡Usted tiene que evitarlo!”²²⁵. Porque si el presidente de la Corte iba al gobierno ganarían los conservadores. Jaureteche también está en lo de Sabattini: le aconseja que tome el poder “que Ávalos está dispuesto a entregarle, poner los ministros y mandar adelante el proceso (...). A Perón la gente lo quiere, hay que convencerse. Pero si el propio ejército lo ha defenestrado, hay que hacerle un funeral de primera...Mande que hable por radio el hombre más respetado del radicalismo, por ejemplo dond Elpidio. Que diga que el ejército ha resuelto que ningún militar puede se candidato. Que (Perón) se vaya con todos los honores, porque si no la reacción popular puede ser peligrosa”.

“Vea Frondizi – contestó Sabattini al primero (pero indirectamente también al segundo) – a Perón yo lo he sacado del ala y voy a volverlo a sacar cuantas veces sea necesario. Algunos amigos nuestros están impacientes por ocupar funciones de gobierno, pero es conveniente esperar. A nosotros nos conviene un ministro conservador. Deje que ocurra eso y el camino de Bs. As. A Villa María va a ser chico para la fila de coches que van a venir a vernos” (...). No se preocupe por Perón. Está terminado”²²⁶

“Fue la última vez en mi vida que vi a Sabatini – dice Jaureteche -.

²²⁴ Referencia de Jorge Gómez a Luna (El 45, Pág. 323).

²²⁵ Testimonio de A. Jaureteche a Félix Luna en ob. citada, pág. 409, nota 54.

²²⁶ F. Luna, El 45, p. 323.

Me despedí así: Sepa doctor que la historia ha pasado al lado suyo y usted la ha dejado escapar. Nunca más tendrá oportunidad. Usted ha terminado políticamente. Adiós²²⁷. Y se fue para el lado de perón.

“El planteo de Sabattini era correcto en líneas generales – comentó Frondizi -. Lo que no apreció fue le movimiento popular que trajo a Perón de vuelta²²⁸. Él tampoco lo vio y se quedó en el radicalismo.

Los conservadores no existían como partido, pero habría una fuerte opinión conservadora que exultaba de entusiasmo por la caída de perón y no quería saber nada con los militares: “el gobierno a la Corte, los milicos al cuartel” coinciden con los comunistas socialistas – al fin y al cabo sus socios en la Junta de la Victoria – como solución inmediata. Después se vería. Cualquiera cosa, no siendo Perón.

¿Los nacionalistas?...Para algunos Perón era un traidor por haber aceptado la imposición norteamericana, declarado la guerra y firmado el acta de Chapultepec y tantas otras cosas que le resultaban incomprensibles: que se paralizara la investigación sobre los Bemberg, que no se difundiera el informe Rodríguez Conde, que se entregara Santa Fe (altar de nacionalismo) a un radical de agresividad mentalidad liberal recomendado por Armando Antille, que se hubiera eliminado a Perlinger y sobre todo, a Peluffo, que entregaran la universidades a la FUA.

Otros estaban a la expectativa, dándose cuenta de que los tiempos eran para “desensillar hasta que aclare”. La juventud de la Alianza, si bien crítico fuertemente a perón (y sus “fortines” fueron cerrados por desacato), la presencia de Braden y al “marcha de la Libertad y la Constitución” los devolvieron del lado del coronel. Al fin y al cabo, aunque no comprendieran sus “cosas”, era evidente que los unía el hecho de tener los mismos enemigos.

Los nacionalistas de “la minoría selecta” se fueron a sus casas muy resentidos con Perón, desilusionados (no sería para siempre) de los militares en política²²

Los hermanos Irazusta no esperaban nada de un republicanismo sin ellos; sólo Ernesto Palacio consideró en su periódico Política que, tal vez, Perón prolongaba la línea nacional, pese a sus concesiones a los malos vientos que soplaban. Se inscribía en su partido y sería diputado peronista en el próximo congreso.

A la noche del 11, en el gran salón del Círculo Militar, 300 oficiales (incluidos una veintena de marinos, delegados del Centro Naval) y un grupo de “varones consulares” (Saavedra Lamas, Alfredo palacios, Horacio Rivarola, Justiniano Allende Posse entre ellos) va a resolver en estrepitosa asamblea los distintos de la República.

²²⁷ Nota 18. Las conversaciones de Frondizi y Jauretche con Sabattini no fueron simultáneas.

²²⁸ En agosto de 1945 Marcelo Sánchez Sorondo reuna, con el título *La Revolución que anunciamos* sus editoriales de *Nueva Política* escritos en los combativos años 1940 a 1943, entre ellos su esperanzado “Discurso a los militares” que cerraba, producida la revolución del 4 de junio, el último número de la revista: “Vosotros (los militares) llegáis al poder por esa virtud operativa de la espada. Sin duda la dialéctica más firme es la que más seguro corta. Alejandro cumple el oráculo y se bautiza superhombre cuando resuelve con un tajo el problema de la habilidad del nudo gordiano. Entonces Alejandro, hincado en la grandeza, dicta las pragmáticas del triunfo (...) el signo de la espada ejerce así un supremo fuero de atracción sobre todas las instituciones del Estado. La espada es competente para decidir en el caso extremo del destino...”.

Leonardo Castellani ponía el desilusionado epílogo a la esperanza militar del nacionalismo, al editarse el libro en septiembre de 1945:

“Todo el error del nacionalismo consistió en olvidar que el orden militar no es, ni ha sido nunca sino una parte del orden civil. Los nacionalistas que más ruidosamente clamaban a todo viento que “aquí todo está podrido y hay que cambiarlo todo”, eran por incomprensible consecuencia quienes mantenían una fe extraña en que el ejército era el Paladín de todas las virtudes y saberes. Y en consecuencia los militares, aunque no todos, al verse de golpe encumbrados por la “elección fraudulenta” del 4 de junio, cayeron en la ilusión tan humana de que no eran parte, sino todo; que el orden militar adecuada y comprendía al civil y que no había dificultad ni problema alguno en la difícil ciencia y tarea del gobierno que un militar de buena voluntad, debidamente asesorado, no pudiese sortear, cortar, deshacer, destruir, sajar, descuajar y desmenuzar, de un tajo victorioso de su espada gordiana. Eso se vio primero en la candidez con que llenaron todos los altos puestos con hombres del arma, después en la tranquilidad con que empezaron a molestar a la vez a todo el mundo; tercero en la franqueza con que cambiaron, rodearon y manejaron a sus colaboradores civiles y por último en la posterior actitud con que dieron marcha atrás, dirigiéndose con velocidad a un estado parecido al que hubo antes, pero no del todo igual, porque como dicen los italianos: “igual que antes es peor que antes” *come prima peggio di prima*.

“Convenzámonos que esa creación moderna que es el ejército permanente (nacido de la “leva forzosa” de la Revolución Francesa” participa de las condiciones del mundo moderno y también por ende de sus taras. Es una construcción no sacra, artificial, profesionalista y clasista, que tiene sobre sí esta condición temible: que no es útil ni necesario sino en función de una calamidad inmensa que es la guerra moderna; y que no habiendo guerra está en continua ocasión próxima al ocio, padre de muchos vicios; sobre todo nuestro ejército en sus cuadros superiores y no ese mito de santidad y patriotismo”.

Agregaba esta “imagen exagerada, pero interesante de un cierto poeta de estas partes”: “Al fin habrá que hallarle algo que hacer – porque no sirve para gobernar – Y para ganar guerras sin pelear – Resulta caro, ya lo van a ver”. (p. 279). (L. Castellani, “Epílogo” a *La Revolución que anunciamos*, de M. Sánchez Sorondo, ed. Nueva Política, Bs. As. 1945, pp. 278 y 279).

Nadie parece entenderse. Palacios, en su nombre del “pueblo soberano” quería entregar el gobierno a la corte “como lo dispone la Constitución en caso de vacancia”; lo apoyan los civiles y los marinos. Pero los militares entienden que sería confesar el fracaso de la revolución militar y opinan que a Farrell podría dejárselo a la presidencia con un gabinete democrático y el compromiso de convocar a elecciones (en esos momentos la radio transmitía el decreto de Farrell y Quijano llamando a elecciones para el 7 de abril, pero tal vez en el círculo Militar no tuvieran receptores).

No pudo resolver y se dejó para el día siguiente.

Se entró a discutir que se hacía con Perón. El mayor Desiderio Fernández Suárez opinó que se lo fusilase sin más trámite²²⁹. El procedimiento pareció expeditivo y se convino que se lo tendría en lugar seguro, sin contacto con los suyos, de preferencia en una dependencia de la marina porque no se tenía absoluta seguridad en las del ejército.

Finalmente se resolvió mandarle una delegación a Farrell para transmitirle “la opinión del pueblo entero de la Republica”. Nos e habían puesto de acuerdo si Farrell entregaría el gobierno a la corte, o permanecería en la presidencia como fantasma de una revolución que todos sabían fracasada, pero que los soldados de tierra nos e resignaban a reconocer.

Pero ahora debería combinarse el gabinete teñido de peronismo, llamar a elecciones, detener a perón en una dependencia de la marina y procesarlo por “haber introducido la delegación y la persecución en las filas del ejército”.

Seis oficiales superiores (los generales Peluffo, Guglielmonte y Quiroga, los almirantes Mc Lean, Clarizza y Horacio Smith) representaban a las fuerzas armas y 4 varones consulares (Saavedra Lamas, Alfredo palacios, Allende Posse y Horacio Rivarola) al pueblo civil. Encontraron en la residencia presidencial a Farrell que les facilitó una copia del decreto de convocatoria y dijo que se había ordenado la detención de perón; no tenía inconveniente en aceptar las renunciadas presentadas, de los ministros y ofreció la cartera de marina al almirante Mc Lean.

Para la provisión de las demás y resolver si se entregaba el gobierno a la corte deberían entenderse con Ávalos. Pero Ávalos ya se había acostado y les mandó decir que volviesen al día siguiente.

No era la del círculo la única “voluntad popular”. Había surgido espontáneamente una *Junta de Coordinación Democrática* formada por ciudadanos de ideas liberales. No emanó de los partidos democráticos como su nombre lo hacía suponer: la formaban Pedro Chiaranti, Luis Reissig, Emilio Carreira, Arnaldo Massone, Tiburcio Benegas, Bernardo Houssay, Manuel V. Ordóñez y Alejandro Lastra, abogados, médicos, industriales y periodistas.

¿Quién la formó? Parece que Luis Reissig gestionó el asentamiento de sus componentes. Había dirigido la Escuela Libre de estudios Superiores y tenía prestigio como escritor. Victorio Codovilla la aplaudió porque reunía “en su seno a representantes de todos los sectores sociales y políticos amantes de los libertad y la democracia, desde los comunistas hasta los conservadores”²³⁰.

Desde ese momento, la Junta de *Coordinación Democrática* tomó a su cargo la representación de la voluntad popular, como si no existiera la delegación de 6 militares y 4 civiles del círculo Militar.

Mientras tanto ¿Qué era del Perón?...Sabido por sus amigos el complot del teniente coronel Mora en la Escuela Superior de Guerra y el propósito que exteriorizaría Fernández Suárez en la reunión del Círculo Militar, no era prudente mantenerlo en la casa de la calle Posadas.

Román Subiza, hombre de coraje y armas llevar, quería ocultarlo en su estancia de San Nicolás; más Perón estaba informado de los propósitos de procesarlo y no quería rehuir responsabilidades.

A eso de las 23, posiblemente inducido por Eva, tomó la resolución de ir a la estancia de Subiza acompañado de Eva, pero le pidió a Mercante que informara al misterio de guerra su paradero, si éste requería su presencia.

Le dejó una esquila: “Coronel Juan perón, 11 de octubre de 1945. A S. E. el Sr. Ministro de Guerra. Comunico a V. E. que, a fin de esperar mi retiro, he pedido licencia. Desde la fecha me encuentro en la estancia del Dr. Subiza en San Nicolás. Casa del Dr. Subiza, San Nicolás: UT 29 S. Nicolás (firmado) Juan Perón”.

²²⁹ F. Luna, ob. cit., p. 303.

²³⁰ J. A. Ramos, El partido comunista, (ed. Coyoacan Bs. As. 1964), Pág. 162, nota 1.

Subieron al automóvil de “Rudi” Freude: Eva, perón, “Rudi” y Juan duarte. Mercante los escoltaba en el suyo. Al llegar a la avenida General Paz, Rudi había convencido a Perón que fuese a la isla que su padre tenía en el Delta cerca de las Tres Bocas; perón informó a Mercante del cambio de destino.

Viernes 12 de octubre

Desde la mañana una muchedumbre heterogénea esperaba frente al Círculo Militar que se resolviera la entrega del gobierno a la Corte.

“Público selecto formado por señoras y niñas de nuestra sociedad y caballeros de figuración social, política y universitaria- dirá *La Nación* del 12 – jóvenes estudiantes que lucían escarapelas con los colores nacionales, trabajadores que querían asociarse a la demostración colectiva a favor del retorno a la normalidad”.

A media mañana Ávalos recibió en el ministerio de guerra a los delegados del Círculo que no pudieron hablarle la noche anterior. El almirante Manuel Domeq García, por sus 86 años y poseer el más alto grado del escalafón naval, los presidió.

Ávalos les informó que la renuncia de los ministros *peronistas* se había aceptado, pero nada podía decir de los reemplazantes (porque andaba en tratativas con Sabattini), y éste – tan lento como él- no había dicho la última palabra). Rechazó terminantemente la idea de entregar el gobierno a la Corte “como si no hubiera un presidente de la República”.

Del ministerio, la comisión (ampliada con el vicealmirante Vernengo Lima, jefe de Estado Mayor de la Armada) va a la Casa de Gobierno para entrevistar nuevamente a Farrell. Poco sacaron en limpio. Solamente obtuvieron que Vernengo Lima sería ministro de marina “por voluntad del arma”, pues no aceptaban que un presidente, aunque fuera militar, ofreciera el ministerio de marina (como había hecho Farrell la tarde anterior con Mc Lean). Sentado este principio exigieron la detención y proceso inmediato de Perón. Farrell lo defendió débilmente (“es mi amigo”), pero aceptó que se lo detuviese, y dio la orden al coronel Mittelbach, que aun era jefe de policía.

A las 14 se anunciaba por radio que el gabinete había presentado su renuncia y se estudiaba su integración con caballeros que fuesen “la máxima garantía por su prestigio, experiencia e imparcialidad”.

A es hora miles de personas colmaban los alrededores del Círculo Militar, coreando estribillos antimilitaristas. “Cuando se difundió el comunicado oficial (...) una explosión de entusiasmo sacudió al gentío. Era la primera derrota pública del gobierno militar. Pero los personajes importantes que allí estaban no se contentaban con un simple cambio de gabinete. Ellos insistían: ¡Gobierno a la Corte!”²³¹.

Valiéndose de un altoparlante y encaramado en una improvisada tribuna, Alejandro Lastra, en nombre de la *Junta de Coordinación Democrática* anunció “que los partidos políticos en su totalidad, la totalidad de los verdaderos obreros y los auténticos estudiantes y toda la opinión sana de la República “, exigían la entrega del gobierno a la Corte. De bien improvisada voz, había sido el gran orador de las algaradas universitarias en 1923, pero la atención de su bufete lo había alejado de las luchas callejeras. De un izquierdismo entusiasta había transcurrido a un conservadorismo moderado. Sus excelentes dotes de persuasión las empleaba ahora exclusivamente en beneficio de su importante clientela.

A Lastra sucedió Allende Posse, a éste Germán López presidente de la Federación Universitaria, luego Manuel Ordoñez. “El gobierno a la Corte”, “los milicos al cuartel” coreaban los oyentes. Ernesto Sammartino decía en un diario de la tarde: “El ejército está de rodillas y es necesario terminar con él”, *Orientación* el periódico comunista, inspirándose en la caída del nazismo, daría al día siguiente la consigna del partido: “Rendición incondicional: ¡el gobierno a la Corte!”

Cuando la delegación que había entrevistado a Farrell y Ávalos volvió a su pobre resultado, hubo gresca en el Círculo. Los oficiales de tierra no querían entregar el gobierno a la Corte, insistían que era una ofensa al ejército. Cuestión de amor propio, no problema político. Los marinos acabaron por transigir; ya habían puesto su ministro, y Farrell haría lo que Vernengo Lima y Ávalos ordenasen, como antes había hecho lo que Perón quería. Una figura decorativa, un “mascarón de proa” habrán pensado los almirantes, que se pone delante del buque , pero no lo gobierna. Podían dejárselo a los de tierra.

²³¹ El 45, Pág. 313.

Mientras los oficiales de mar y tierra se ponían dificultosamente de acuerdo en el interior de Círculo, los varones consulares se retiraron a la plaza, molestos con la transigencia. “¡Basta de militares!” clamó Palacios uniéndose a la voz popular, porque se había desencantado (no sería para siempre) de la mentalidad castrense.

Las señoras y niñas exasperadas por la tozudez de los hombres de armas, escribían con *rouge* las paredes: *Milicos al cuartel, Basta de botas*, y expresiones poco gratas para las madres de los socios del Círculo. La concurrencia entonaba la Marsellesa, el “himno de la libertad” : el actor Pedro Quartucci trepó a la verja del Círculo para poner el cartel de Cromwell: “Se alquila”.

Uno de los delegados ante Farrell y Avalos , el antiperonista general Guglielmone, se asomó a un balcón para explicar a la multitud porque debía transigirse con Farrell. No alcanzó a decir una palabra. La sola presencia de un uniforme terrestre en el balcón del Círculo Militar produjo la exasperación general. Debíó retirarse.

Otro militar de uniforme, el decidido antiperonista teniente coronel Molinuevo, salió a la calle para quitar el cartel. ¡No lo hubiera intentado! Las damas lo agredieron a carterazos; el militar escapó con el rostro ensangrentado y a duras penas pudo esconderse en el Círculo. Una ambulancia que trató de abrirse paso para llevar a Molinuevo a la Asistencia Pública, fue apedreada “¡Qué se muera!”.

Salió al balcón el almirante Vernengo Lima. Su uniforme naval lo liberó del abucheo.

“¡Señores!...Yo soy el almirante Vernengo Lima (...) Comprendo las inquietudes de todos ustedes, pero puedo apreciar mejor la situación porque estoy informado acerca de cosas que ustedes acaso ignoran.

“Yo he estado recién con el señor presidente de la República. (Protestas del público: *No nuestro presidente*)...

“Nuestro país tiene en este momento una gran tabla de salvación que es la Suprema Corte (*¡Viva la Suprema Corte! ¡Civiles sí, botas no!*) pero nuestro país también tiene instituciones armadas (*silbidos*)....instituciones armadas a las cuales yo tengo el orgullo de pertenecer y ustedes la obligación de respetar (*silencio*)....Antes de recurrir a la Suprema Corte, última tabla de salvación en este naufragio , es necesario que las instituciones armadas honestamente, democráticamente , con mayor imparcialidad que les pueden garantizar, y seguro que la tenemos, lleven al país a tener un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo....”

Una voz: “No debemos creer eso...”.

Vernengo Lima: “En al almirante Vernengo Lima usted no tiene derecho a dudar.... (*Silencio*).

...El año 30 el pueblo de la República encabezado por un general fue llevado a una posición y, desde entonces, fue una falsificación la democracia. El ejército ha salido para poner remedio a ese mal. Hoy es indispensable que el ejército lleve al país al verdadero juego de sus instituciones democráticas. El ejército y la marina estamos hoy con todo corazón dentro de la idea.

Una voz: “Eso lo han dicho muchas veces”...

Vernengo Lima : “¡Yo no soy Perón! (*Muera Perón! ¡ A la cárcel ¡ silbidos*). Señores, Ahora que les he dado la idea fundamental, les voy a comunicar que todo el gabinete ha renunciado. Tengo la palabra del general Farrell (*¡muera!*)...y del ejército (*más ¡ mueras!*)...y la marina (*silencio*)...La marina que está dentro de la misma línea de pensar que ustedes, de hacer responsables a los culpables de todos estos inconvenientes y, especialmente, al coronel Perón (*atronadores ¡muera!*)”.

“Estoy autorizado a decirles que el gabinete será constituido por los mejores hombres del país, civiles (*¡viva!*), honrados, de experiencia y de sano juicio. Quiero decir a ustedes que voy a ser ministro de marina , yo, que soy el almirante más antiguo de la armada, con estos galones que he honrado toda mi vida. Yo les digo a ustedes que garantizo lo que he dicho con mi nombre, y con mis galones de oficial de marina”²³².

Los coordinadores democráticos con Ávalos (Tarde del viernes)

El almirante Mc Lean intentó una última gestión para convencer a los militares de tierra que hacían mal en oponerse a la opinión general: llevarle a Ávalos la Junta de Coordinación Democrática en pleno, y al presidente de la Federación Universitaria. Era la voz del pueblo, y de la juventud estudiosa.

Mediante un subterfugio consiguió que los democráticos entrevistasen a Ávalos: Les dijo que éste los manaba llamar para saber que pensaban para “solucionar la crisis”.

Ordoñez: Estimamos que la única solución es la entrega del poder a la Corte.

²³² Extracto de La Razón 12 - 8 - 945. hay otras versiones, que no difieren mayormente.

Mc. Lean: Esa es también mi opinión y la de los jefes de la armada. La marina lamenta no contar con las fuerzas suficientes para hacer prevalecer ese criterio. Hemos tratado de convencer a los jefes militares y al no lograrlo, hemos expresado que ellos debían asumir toda la responsabilidad. Con todo esta noche volveré a Campo de Mayo para tratar de convencerlos....²³³.

Los llevó al ministerio de guerra. Entró al despacho del ministro para conseguir que Ávalos los recibiera. Volvió con un gesto de desaliento, que no presagiaba nada bueno; los hizo entrar ante es *energúmeno*²³⁴. Eran las 18.15. En la plaza San Martín ya se había agredido a Molinuevo y a Guglielmo corrido a gritos.

Hubo entre los democráticos y Ávalos este diálogo que la historia ha registrado:

Avalos: Y bien señores. El ministro está a disposición de ustedes.

Ordóñez: En realidad habiéndonos llamado, somos nosotros los que creemos estar a disposición de ustedes.

Avalo: Yo no los he llamado....(Un silencio).

Carreira: Hemos llegado aquí en el entendimiento de que el señor ministro nos había llamado. No siendo así, no nos queda otro camino que retirarnos.

Avalos: No...Un momento...El hecho de que o no los haya llamado no significa que no hablemos. Ustedes como ciudadanos pueden darme su opinión. A mí me gusta escuchar la opinión de los ciudadanos....

Ordóñez: La opinión nuestra es la de todo el país. Debe entregarse el poder a la Suprema Corte de Justicia.

Ávalos: ¡Eso no puede ser!...No es una actitud decorosa para el ejército. Recuerden que la revolución del 9 de octubre es más fuerte que la del 4 de junio. Esta se hizo contra un gobierno claudicante.

La nuestra, contra un gobierno fuerte. A mí se me dijo que a Perón no lo volteaba nadie. Lo volteé yo..."; y recordando que se encontraba ante abogados, dejó los argumentos militares por los jurídicos: "...Entregar el gobierno a la Suprema Corte no sería constitucional. Recuerden que hay un presidente. Yo no soy abogado, pero eso creo que significa que los argentinos tienen un gobierno, y que éste puede devolver la normalidad por medios de elecciones...."

El Dr. Carreira no habrá querido aclararle que lo institucional era la presidencia de un general y no la del presidente de la Corte, pues tomó por un atajo militar.

Carreira:...Ustedes que ya han hecho la revolución pueden hacer que renuncie el presidente, y no habría dificultades.

"Avalos: Eso no. Farrell es un buen hombre y es amigo mío. Estamos dispuestos a formar un gobierno. Ya verán ustedes que quedarán satisfechos y dentro de siete días me lo van a decir. Eso sí, nada de políticos. Buscaré figuras de prestigio, y que valgan, y signifiquen una garantía.

"Houssay: ¡Pero señores ministro! Usted habla de formar gabinete, y recién dijo que hay presidente....¿Piensa usted erigirse en dictador?

Avalos: Vuelvo repetirle que Farrell es un buen amigo mío y aceptará mis consejos....Todo se hará en colaboración.

Lastra: ¿Y sobre el estado de sitio?...¿Cuándo se levantará?...

"Ávalos: Por ahora no. Se no vendría la avalancha. Ustedes saben que tenemos que terminar con los peronistas. Perón ya está detenido. Pero hay mucha gente que anda suelta...Además, los diarios nos tiran...Sin embargo, aunque nos tiren vamos a aguantar..."

Terminó la entrevista. El ministro de guerra "abierto de piernas, bien clavados los pulgares en el cinturón, sobrador y seguro", le afirmó contradiciendo las palabras que acababa de decirles, "que él tenía sus amigos, y gobernaría con ellos"²³⁵.

Llegó la noche, y los militares no podían salir de uniforme del Círculo porque las señoras, carteras en riestre, hacen un sitio en regla. Quieren rendirlos incondicionalmente (como diría *Orientación*). Perón era un accidente; lo esencial es que fueran los militares.

No bastó que los coordinadores democráticos dijeran que todo era inútil. El pueblo estaba allí y un orador parodiando a Mirabeau, dijo que "sólo se irían por la fuerza de las bayonetas" Entonaban la *Marsellesa* para demostrar su voluntad de permanencia.

²³³ Referido por Germán López, entonces presidente de FUA, a Luna, (*El 45*, pág. 316)

²³⁴ Versión de G. de Güemes, *Así se gestó la dictadura*, pág. 120.

²³⁵ El diálogo y las acotaciones en G. de Güemes, *Así se gestó*....pág. 121 al 22.

Los directivos del Círculo piden a la policía que despejen la salida. Son las 21 horas, y los militares quieren retirarse. La policía empieza a proceder sin miramientos porque no simpatizan con los manifestantes, y son muchas las grescas sostenidas en los últimos días. Contestan éstos (se atribuyó a la Federación Juvenil Comunista) a tiro limpio; repele en igual forma la guardia de infantería y las fuerzas de seguridad cargan a planazos. Las batallas durarán media hora dejando un muerto (el doctor Eugenio Ottolenghi) , y más de cincuenta heridos.

Noche del viernes

Ávalos les había dicho a las 18.15 que Perón estaba preso. Por orden directa del presidente, un funcionario de investigaciones lo había ido a buscar en su casa. No encontrándolo, requirió a Mercante el paradero del coronel. Este dijo que lo diría, pero exclusivamente al jefe de policía. Llegó Mittelbach y en su compañía fueron a la quinta de Freude en las Tres Bocas. Encontraron a Perón paseando con Eva. Preguntó Perón donde sería llevado. Mittelbach suponía que aun buque de guerra o a Martín García. Perón no disimuló el disgusto de que se lo tuviere en dependencias de la Marina, y pidió al jefe de policía que intercediera con Farrell para que no se lo sacase de la jurisdicción militar.

Una vez en Buenos Aires llegó el subjefe de policía d' Andrea con la orden del presidente de embarcarlo en el *Independencia* con destino a Martín García. Nueva protesta de Perón, limitándose d' Andrea a decirle que era por su seguridad. No obstante se comidió a transmitir al presidente el pedido del coronel.

Perón ascendió a las 3 de la mañana del 13 la pasarela del *Independencia* Mercante pudo advertir que al marinero que montaba guardia se le caían las lágrimas. “Entonces sentí una enorme tranquilidad- dirá veinticinco años más tarde- ¡ y supe con claridad que íbamos a ganar la partida!”²³⁶.

El apresamiento de Perón fue un grave error de sus enemigos. Lo hubieran dejado vivir su romance en la isla del Delta, y volver cuando las cosas estuvieran encarriladas en el gobierno, a formar – si persistía- un desmedrado partido con los obreros que le seguían y los radicales reorganizados. En “votos” no significaría mayor problema. Pero con su prisión tocaron una fuerza que no pudieron contener. El cariño al hombre que había beneficiado a los humildes, se convirtió en idolatría. Ese amanecer del 13 de octubre nació el *ídolo* Perón que gravitará decisivamente treinta años en la historia argentina.

Sábado 13 de octubre

Los diarios estaban eufóricos por la manera cómo salían las cosas.

La Prensa (que desde el estado de sitio omitía los comentarios políticos), exultaba en su editorial *Triunfo de la opinión pública*: “En tres días se ha transformado el panorama político de la República (...) acaba de destruir un nuevo personalismo”; terminaba pidiendo el castigo de los policías “que maltrataron a los estudiantes y dieron muerte a Salmún Feijoó y al doctor Ottolenghi”

Los matutinos nada dijeron la detención de Perón. Posiblemente esperaron que se confirmarse lo anunciado a las 18 por Ávalos a los coordinadores democráticos. Pero a mediodía del sábado se sabría con certeza que fue embarcado en el *Independencia*. *Critica*, lo informó con título catástrofe: “YA NO CONSTITUYE UN PELIGRO PARA EL PAÍS”.

En la Casa Radical se siguió deliberando a puertas abiertas. Hay gritos contra los “colaboracionistas” (los intransigentes), se pide la expulsión de Sabattini porque ha trascendido por Ávalos lo visitaba. Sabatini ni, prudencia, no aparece por el comité y los denuestos caen sobre su amigo Gabriel Codone, presidente de la Mesa directiva.

Vernengo Lima juró el ministro de marina a mediodía. Se reparte con Ávalos la atención de las carteras: Ávalos tendría interior y hacienda, Vernengo instrucción pública y relaciones exteriores. ¿Y agricultura y obras públicas?...”La primera quedó desamparada hasta que el 19, al regreso del peronismo, se designó al ingeniero Marotta. No debió aceptarse la renuncia de Pistarini en obras públicas, porque al recomponerse el ministerio después del 17 se lo consideró en funciones.

Juan Fentanes, funcionario de la presidencia, católico vinculado a la revista *Criterio*, se hizo cargo de la Secretaria de Trabajo y Previsión. El sucesor de Perón habló esa noche por la cadena oficial de radio:

“Las conquistas obreras serán respetadas y perfeccionadas a medida de lo posibles...”

“La Secretaría no promoverá audaces improvisaciones, pero tampoco quedará rezagada...”.

Aseguró a los patrones que “no se impondrían medidas que ellos no hubieran aprobado previamente...”

²³⁶ Entrevista con Luna, (El 45, pág. 313)

“El organismo no será sede de actividades personalistas o partidarias...”

“Esta Secretaría (...) resolverá con criterio de equidad y justicia las diferencias entre capital y trabajo que no se hayan podido conciliar...”.

“Que así sea” deseó *La Razón* reaparecida el 14; el 15 *La Nación* en un editorial “La tarea reconstructiva”, aplaudió la nueva orientación de la Secretaría de Trabajo y Previsión “cuyos trastornos causados en la organización económica han dado lugar a consecuencias dañosas en alto grado”.. Y para dejar sentado que la Secretaría no era sede de actividades personalistas o partidarias, Juan Fentanes se negó a recibir una delegación de sindicalistas que querían saludarle.

Avalos, como vimos, hubiera querido reconstruir el gabinete con amigos de Sabattini, pero el político radical no se animó a jugarse la carta por el palpable desprestigio de los militares. Convenía más hacer de opositor que de “colaboracionista”. Hubiera aceptado que el presidente de la Corte ocupase la presidencia provisoria (como dijo Frondizi), pero la oposición de los militares – y un deber de amistad con Ávalos- le hicieran encontrar la variante que podía satisfacer a todos. Y, sobre todo, a él. No iría el presidente de la Corte a la presidencia, pero introduciría a la Corte en la persona del procurador general de la nación. Siempre Farrell sería presidente, pero la responsabilidad del Gobierno la tendría el doctor Juan Álvarez, que designaría los ministros y gobernaría a la manera de un *premier* inglés. Le sugirió a Ávalos la brillante solución.

Álvarez gozaba de fama de hombre ecuánime y desinteresado. No sería el presidente de la Corte, pero era la segunda figura del alto tribunal, lo que conformaría a quienes clamaban por “el gobierno a la Corte”; no sería presidente “a cargo”, sino un primer ministro que formaría el Gabinete según su conciencia-menos, claro es, las carteras militares-, quedándose el general Farrell como titular. Lo que satisfaría el amor propio de los militares.

Poniendo a ese hombre para que dirigiera las elecciones no solamente se descartaba que las elecciones serían absolutamente correctas, sino – y sobre todo- permitiría a Sabattini mantener su oposición al “Gobierno militar” y llevarse al país – sindicatos obreros inclusive- detrás suyo.

Ávalos llevó a Álvarez a la residencia presidencial (donde Farrell pasa la mayor parte de su tiempo porque para nada se lo necesita en la Casa Rosada) a fin de que el mismo presidente le ofreciera formar el Gabinete. Hay que cuidar las formas, porque Álvarez es hombre formal. No sabe si su cargo de procurador general de la nación le permite desempeñar funciones políticas; pide tiempo para estudiar el problema y consultar con los hombres sabios.

Roberto Repetto, el presidente de la Suprema Corte (aliviado por desprenderse del problema) no encuentra inconvenientes. Para mayor seguridad, Álvarez pide acuerdo a los presidentes de las Cámaras de apelaciones en lo federal, civil, comercial y criminal. En cierta manera el ofrecimiento y la responsabilidad son del Poder judicial íntegro. Afortunadamente todos están conformes; el domingo acepta el ofrecimiento.

Empieza las consultas como debe hacerlo un presidente de Consejo de Ministros que quieren armonizar la mayoría de un Parlamento. Pero aquí no se trata de armonizar un Parlamento, sino todo un país. Está un poco anticuado y empieza con Saavedra Lamas, que ha sido ministro de Plaza y de Justo y tiene un premio Nobel. No se sabe lo que hablaron porque ni uno ni otro escribieron “memorias”, y pasado el trance que creyeron histórico prefirieron olvidar esas horas. Es posible que se haya ofertado la Cancillería, rechazada por Saavedra que tal vez se reservaba para funciones más altas. Conjeturablemente concordó con Saavedra en un gabinete “de lujo”, con figuras apolíticas (la frase “nada de políticos” de Ávalos a los *coordinadores democráticos*, deja suponer que la condición había sido conversada con Álvarez). De todas maneras ningún radical hubiera aceptado una cartera por la posición antimilitarista del partido; tampoco Alfredo Palacios, ni los de la Casa del Pueblo; los conservadores, más dúctiles para dominar escrúpulos no convenían; el recuerdo del fraude aún estaba vivo. Los demócratas o socialistas, no contaban.

Pausadamente Álvarez siguió sus visitas y ofertas a todo lo largo del domingo, el lunes y el martes. Finalmente el miércoles en horas de la tarde, había completado su gabinete. Se reservaba la cartera de interior; el doctor Jorge Figueroa Alcorta, antiguo juez y profesor, iría a justicia e instrucción pública; el doctor Isidro Ruiz Moreno, profesor de Internacional Público en la Facultad de Derecho, a relaciones exteriores; el doctor Alberto Hueyo, exministro de Justo, a hacienda; el doctor Tomás Amadeo, profesor de derecho agrario y presidente del Museo Social, a agricultura; el ingeniero Antonio Vaquer (porque el ingeniero Atanasio Iturbe, presidente de varias compañías ferroviarias no consiguió que lo autorizasen) a obras públicas. Con su secretario mandó la lista a Farrell.

Dificultosamente el secretario de Álvarez debió abrirse camino a través de la plaza de Mayo esa tarde del miércoles. Estaba llena de un público estrafalario que cantaba y reía. Con la lista en la mano llegó al salón blanco, atestado de gente. Debíó esperar a Farrell que se había ausentado. Lo vio entrar apresurado con otro militar. (¿Cómo? ¿No era Perón?) Y dirigirse al balcón, mientras la gente de la plaza estallaba en ovaciones.

Ese miércoles era 17 de octubre. El secretario debió volverse con la lista en el bolsillo. El doctor Álvarez se había demorado mucho.

El sábado 13 la Corte Electoral, creada por el Estatuto de los Partidos políticos (doctores José M. Asigueta, Francisco Balardi y Estanislao Berrotarán) renunció en pleno. Cumpliendo sus funciones había designado sendas “juntas de promotores” para que se hicieran cargo de los tres partidos oficialmente

reconocidos (radical, demócrata nacional y socialista). Aunque nombró a destacadas figuras partidarias (Elpidio González, Güemes, Sabattini, Tamborini, Mosca, Laurencena, Campero, Oddone, Abalos y Martín Noel para los radicales; Cafferatta, Landaburu, Corominas Segura Lima, Eduardo Paz, Serrey, Vichi, Urbano Iriondo para los conservadores; Palacios, Repetto, Orgaz, Julio González, Enrique Dickmann, Américo Ghioldi, Sánchez Viamonte para los socialistas), ninguno aceptó un nombramiento militar. En consecuencia, la Corte Electoral comprendió que era un organismo inútil, y renunció adelantándose a que se derogara el Estatuto de los Partidos Políticos. Las renunciaciones fueron aceptadas el lunes 15, dejando sin efecto al mismo tiempo, al Estatuto “atendiendo a los íntimos reclamos de la ciudadanía”.

Eso ocurría en el país *visible y audible* de los diarios, las universidades, los decretos del gobierno, las informaciones de la radio, las andanzas del Dr. Álvarez.

La popularidad de Perón (13 de octubre)

Había otro país: el invisible y silencioso (hasta que estalla). Los trabajadores reunidos ante la Secretaría de Trabajo el miércoles 10, no habían demostrado un excesivo dolor por la renuncia de Perón. Más bien satisfacción. Es cierto que perdían un Secretario de Trabajo amigo, pero ganaban un líder. Volvieron alegres a sus sindicatos para seguir los trabajos electorales empezados. Ni los más optimistas esperaban ganar las elecciones con la candidatura de Perón, que levantarían más como bandera que como posibilidad. Pero formarían con su nombre el partido que sostendrían los intereses de los trabajadores argentinos, que socialistas y conservadores habían olvidado por seguir rumbos extranjeros. No les importaba que los diarios y los estudiantes llamaran “fascista” a Perón. No se pagaban de palabras, sino de realidades. Perón era muy argentino, muy amigo de los obreros, y la oligarquía lo odiaba. Era suficiente para saber que representaba Perón.

LA “Argentina invisible” no se levantó el 10 de octubre por la caída política de Perón. El fermento que culminaría en la explosión del 17 de octubre, empezó en todos los rincones de la República el 13 cuando se supo que estaba preso.

Nada ocurrió hasta el 13 de octubre, en que se conoció por la radio, y por las conversaciones de boca en boca, que Perón había sido detenido. No se decía donde, ni quienes lo hicieron, pero el amigo de los humildes había sido encarcelado con regocijo de la prensa y la oligarquía.

Entonces empezó a levantarse la ola.

No se debió – no de debió exclusivamente – al esfuerzo de los amigos de Perón (Evita, Mercante, Russo) como se ha dicho. Hubo recriminaciones de Evita a los dirigentes obreros que fueron al departamento de la calle Posadas preguntando por el jefe, pero el dolor de una mujer expresando a unos pocos, no basta para conmover a un pueblo²³⁷. Mercante, después de despedir a Perón en la pasarela del *Independencia*, informó esa mañana a algunos partidarios obreros de la novedad. No es seguro si aconsejó la huelga por 24 horas para el día 18, que éstos proponían el martes 16 en la comisión general confederada de la C GT. De cualquier manera la huelga pidiendo “el levantamiento del estado de sitio, la libertad de los presos políticos y militares, y un gobierno que consulta a los trabajadores”, dificultosamente aprobada después de diez horas de deliberación por 16 votos contra²³⁸ ni mencionaba directamente a Perón ni tuvo algo que ver con lo que pasó en todo el país desde el 14 al 17. Ese mismo sábado 13, a medio día, Mercante recibió orden de Ávalos de presentarse arrestado en Campo de Mayo, que cumplió de inmediato. Más eficaz fue la actitud del capitán Rosso que, hasta el 11, había sido director de delegaciones regionales de la Secretaría de Trabajo. Al saber a medio día del 13 que Perón estaba detenido, sin pedir autorización al módico señor Juan Fentanes se instaló en su antiguo escritorio y con ayuda del personal se puso a avisar

²³⁷ La tradición ha dado a Eva Duarte una actividad legendaria en el 17 de octubre. Sin mengua de la extraordinaria figura que fue Eva Perón, como esposa y colaboradora del general, no corresponde atribuirle una función decisiva en el levantamiento popular. Que no fue solamente un levantamiento de obreros organizados, sino de todo un pueblo. Es cierto que Eva Duarte conocía a los dirigentes obreros que visitaban a Perón a la isla del Delta; cuando fue detenido, trató que Atilio Bramuglia presentase un recurso de “habeas corpus”. En sus idas y venidas en taxímetro tuvo la mala suerte de que un chofer enemigo la denunciase a unos estudiantes que estaba en la puerta de la vieja Facultad de derecho de la calle Las Heras, los que la golpearon, porque la pasión de esos días era desmedida y su vinculación con Perón muy conocida. Eva contó el hecho a Vicente Sierra, que en cierta manera le fue providencial porque los hematomas y golpes en el rostro recibidos de los caballerosos estudiantes, hicieron que la policía no la reconociera. Pero no quiso comentar entonces, ni después, el desdichado incidente. Se ocultó en la casa de una amiga, la actriz Pierina Deallesi: el 17 pudo hablar por teléfono con Perón, que estaba en el Hospital Militar, pues no le permitieron el acceso. Oyó por radio, en su departamento de la calle Posadas el discurso de Perón esa noche en la Casa de Gobierno y lo esperó – como posiblemente habían convenido – para irse juntos a la estancia de Subiza en San Nicolás.

²³⁸ R. A. Ferrero, *Del Fraude a la soberanía popular* (ed. La Bastilla, Bs. As. 1976, pág. 339), corrige la versión clásica que da 21 votos a favor de la huelga contra 19 en contra.

telefónicamente a las delegaciones regionales de todo el país lo que habían hecho a Perón, y que “en el Gran Buenos Aires había mucha inquietud”²³⁹ y siguió la informativa tarea, hasta el mismo 17.

Nadie preparó el 17 de octubre, nadie lo ordenó, nadie la “planificó” (para usar una palabra grata a los que no creen en las conmociones sociales, sin planes cuidadosamente estudiados). Fue espontáneo. Nadie lo hizo, porque lo hicieron todos. Fue ese ser anónimo que es el pueblo, que se mueve por emociones y no por razonamientos ni conveniencias. Que pocos estudiosos de sociología consiguen explicar, y muy pocos actores de la política atinan a interpretar.

Tesoro mío. Tené calma, y aprendé a esperar. Esto terminará y la vida será nuestra. Con lo que yo he hecho estoy justificado ante la historia, y sé que el tiempo me dará la razón. Empezaré a escribir un libro sobre esto (...) veremos entonces quien tiene la razón.

El mal de este tiempo y especialmente de este país son los brutos, y tú sabes que es peor ser bruto que ser malo.

Mis últimas palabras de esta carta quiero que sen para recomendarte calma y tranquilidad. Muchos, pero muchos, besos y recuerdos para mi chinita querida”²⁴⁰.

En carta a Mercante expresa el temor de que los obreros “produzcan algo grave”, porque le han llegado rumores de que declararían una huelga. Le ruega que lo evite (que Mercante no puede hacer porque también está detenido).

“Desde que me encanaron no hago sino pensar en lo que puede producirse si los obreros se proponen parar en contra de lo que les pedí. No le pido que venga, porque no lo dejarán que me vea: tal es la prohibición según me han comunicado acá (...) Estoy contento de no haber hecho matar un solo hombre por mí y de haber evitado toda violencia. Ahora he perdido la posibilidad de seguir evitándolo, y tengo mis grandes temores que se produzca allí algo grave. De cualquier manera mi conciencia no cargará con culpa alguna. Mientras lo puede evitar lo evité. Hoy, anulado, no puedo hacer nada”²⁴¹.

Lunes 15. El gobierno bipersonal

Volvamos a la Argentina *visible y audible*.

Avalos toma disposiciones militares: reemplaza al director del Colegio Militar, general Oscar Silva, y a los jefes de los regimientos próximos a Buenos Aires. Como encargado del ministerio del interior disuelve a la Subsecretaría de Información del Estado (en su rencor por el comunicado “ministerial” del 9, exoneró a los funcionarios), ordena la libertad de Victorio Codovilla, el jefe comunista, apresado al restablecerse el estado de sitio, y reemplazó a Mittelbach en la jefatura de policía por el decidido enemigo de Perón coronel Emilio Ramírez.

No es menor la actitud de Vernengo Lima. No en Marina, donde se necesita modificar nada, sino en justicia (repone al juez Barraco Mármol) e instrucción pública (devuelve las universidades a los rectores, que ordenan la reapertura de clases para el 18).

En la secretaría de Trabajo ocurre un problema: se quejan los dirigentes de sindicatos que en muchas fábricas, al pagarse la quincena, se ha descontado el día 12 que el gobierno había decretado feriado. Juan Fentanes queda en hablar con el presidente. No hablará jamás.

Ante la protesta de los trabajadores, los patrones contestan con burlas: “¡Vayan ahora a quejarse a Perón!”.

En la Casa Radical se reúne la Mesa Directiva presidida por Gabriel Codone, en un clima difícil donde los denuencios contra los “colaboracionistas” intransigentes, proferidos por la barra comunista- dice Frondizi- pone un ambiente nervioso. Luis Dellepiane habla por los intransigentes, mereciendo el repudio de la barra. Habla Carlos E. Cisneros, secretario de la Mesa: “Tengan absoluta seguridad de que esta Mesa Directiva no puede salir jamás algo que importe un contacto con el gobierno militar”.

Se aprueba una declaración antigubernamental: “Los cambios habidos recientemente en el gobierno no *de facto* no han modificado en forma alguna su esencia”; se insiste en que debe entregarse el gobierno a la Corte “reclamado por la opinión unánime de la República”.

²³⁹ F. Luna, ob. cit., pág. 342.

²⁴⁰ Encontrada por la revolución de 1955 entre los papeles de Perón, fotocopiada en el libro de Luna (Págs. 320 a 321)

²⁴¹ *Ibidem*.

Martes 16

El partido comunista no está ahora de acuerdo con la entrega a la Corte. Reclama, con el ejemplo de los países liberados de nazis, que se forme un gobierno de “concentración nacional”, con la participación de ellos, desde luego.

La FOTIA declara huelga en Tucumán en protesta por el apresamiento de Perón; invita a una “marcha por la paz” sobre la ciudad. Hay manifestaciones obreras en los barrios excéntricos de Rosario y Córdoba.

Los diarios serios no dan esas informaciones. Se llenan de remitidos de los *profesores democráticos*, los *abogados democráticos*, los *estudiantes democráticos*, los *ingenieros democráticos* aplaudiendo que la patria se haya liberado del “yugo totalitario”; y se anuncia la reapertura de las universidades “esos bastiones de la democracia”, para el 18. Anuncian lo que está pasando en Europa: en París los depuradores franceses han conseguido extraer de la boca de Laval una píldora de cianuro de potasio, e izan su cuerpo inánime al patíbulo. Dieron muerte a un muerto, pero de cualquier manera se cumplió la condena de la horca de un colaboracionista. En Washington, después de algunas vacilaciones, el sendo ha prestado acuerdo para que Spruille Braden sea Secretario Adjunto para los Asuntos Latinoamericanos.

Desentona el vespertino *La Época* al que, increíblemente, se le tolerara defender a Perón. “Desde la Quiaca hasta Tierra del Fuego, desde el Atlántico a los Andes, se pide, se clama y se exige la libertad del coronel Perón” dice la portada en tipo “catástrofe”. Son informaciones de sus “agentes especiales”, que todos suponían fraguadas. ¿Quién piensa en Perón ya?...Se habla de una posible huelga de la C.G.T., por Perón, pero se descuenta que los gremios controlados por los socialistas y comunistas se van a oponer, o por lo menos conseguirán desviarla a un inofensivo paro “contra el estado de sitio”.

A las 11 horas en la sede de los tranviarios se reúne la comisión general para resolver la huelga que piden los amigos de Perón. Hay resistencia: es cierto que Perón había hecho mucho por los obreros, pero a los dirigentes no les parece prudente jugarse por un militar. Un socialista aseguró: “Otros coroneles no nos van a faltar...; Bastará que vallamos a Campo de Mayo y aparecerán por docenas ¡”. Otro repitió palabras de Ávalos de que “las conquistas sociales serán mantenidas, y la detención de Perón era exclusivamente por su seguridad personal”.

Las fuerzas están parejas. Los partidarios de la huelga transan en que no se nombre a Perón: sería por “el levantamiento del estado de sitio, la libertad de los presos políticos y militares, un gobierno que consulte a los trabajadores. Nada de entrega a la Corte o aun régimen de la oligarquía. Consiguen algunos votos sociales y comunistas, pero no muchos. El futuro dirigente peronista Ángel Borlenghi, se mantuvo contra la huelga con su gremio de los empleados de comercio. Libertario Ferrari, militante de FORJA quiere que se diga que la prisión de Perón es el motivo de la huelga.

Después de diez horas de debate y negociaciones, se aprueba por 16 votos contra 11 una huelga de 24 horas, a partir de las 0 horas del 18, por motivos retóricos.

A es hora (anochecer del 16) había manifestaciones en Avellaneda que trataban de cruzar el puente. La policía por orden del coronel Ramírez trata de impedirlo. Pero apenas. Muchos se filtran. No son más de treientos que viven a Perón por la avenida Montes de Oca, desembocan en la avenida de Mayo y aplauden a *La Época*. El jefe de policía da inútiles órdenes de disolverlos, que la guardia de infantería cumple a desgano. Serán los primeros “descamisados”: por la noche llegaron más tandas de Villa Urquiza, Flores, el canal San Fernando, los talleres de ferrocarriles del Oeste para demostrar que muchos quieren la libertad de perón. “Sin galero y sin bastón/ los muchachos de Perón. No piden su reposición, sino su libertad. A la mañana serán oleadas las que llegan de Ensenada, Berisso, La Plata, Quilmes, Gerli...

No se levantaron los obreros porque creyeron en peligro los beneficios que les dio Perón. Fue el pueblo entero que sufrió con la prisión del hombre que los había tratado con humanidad.

“Empezó a levantarse la ola” he escrito. En Avellaneda, en Quilmes, en Berisso, en los barrios industriales de Bs. As. y Rosario, en Tucumán, en Mendoza, en Córdoba. En todo el país la gente se reúne para hacer lo que pueda por quien es su ídolo. No solamente los hombres, también sus mujeres y sus hijos. Ese coronel Perón había escuchado sus quejas y resuelto en la medida de lo posible sus aspiraciones. Pero no era solamente en la medida de lo posible sus aspiraciones. Pero no era solamente eso; lo material fue lo menos importante. Los había tratado de igual a igual como eres dignos. Los mensú de Misiones, los cañeros de Tucumán, los obreros del chaco, los faenadores de Berisso, los obreros de las fábricas de Avellaneda y Quilmes, los artesanos de los barrios de Bs. As., los ferroviarios, los tranviarios, los operaciones de las usinas eléctricas, los colectiveros, los canillitas, el pueblo entero de la República se sienten heridos por la prisión de del coronel. Y muchos que no eran obreros, pero que sabían leer las entrelíneas de los diarios y no se emocionaban con las palabras *libertad*, *nazismo*, *personalismo* entendiendo a través de los editoriales la alegría de los “varones consulares” y la figura obesa de Braden regocijándose, desde Washington con la caída de perón.

En todas partes hay indignación. Que crecerá hora por hora como una caldera que toma presión. Hasta que estalla.

Perón en Martín García (13 y 14 de octubre)

En su confinamiento de Martín García el coronel está ajeno a lo que va a ocurrir. Se sentía vencido, y resignado aceptó su suerte. No deja la impresión de que esperase un provenir político a lo menos inmediato: si algo dijo a los obreros el 10 debió ser para consolarlos. Había presentado su solicitud de retiro y cuando la despacharan, nada le impediría casarse con Eva. Se iría con ella a la estancia paterna de Chubut a olvidar las ingratitudes y las envidias. A vivir una existencia bucólica de pequeño estanciero. Había hecho lo que su conciencia de patriota, de político y de ser humano le indicaba. Y había fracasado.

El 14 desde Martín García escribe a la "Srta. Evita Duarte".

"Mi tesoro adorado:

Sólo cuando nos alejemos de las personas queridas podemos medir el cariño. Hoy sé cuanto te quiero y que no puedo vivir sin vos. Esta intensa soledad sólo está llena con tu recuerdo.

He escrito a Farrell pidiéndole que acelera el retiro; en cuanto salga nos casamos y nos iremos a cualquier parte a vivir tranquilos (...). Esta (carta) te la mando por un muchacho porque es probable que me intercepten la correspondencia. De casa me trasladaron a Martín García, y aquí estoy sin saber porque y sin que me hayan dicho nada. ¿Qué me decís de Farrell y de Ávalos? Dos sinvergüenzas con el amigo. Así es la vida (...).

Debes estar tranquila y cuidar tu salud mientras yo esté lejos, para cuando vuelva. Yo estaría tranquilo si supiera que vos no estás en ningún peligro y te encuentras bien (...).

Viejita de mi alma. Tengo tus retratos en mi pieza, y los miro todo el día con lágrimas en los ojos. Que no te vaya a pasar nada porque entonces habrá terminado mi vida. Cuídate mucho y no te preocupes por mí, pero quereme mucho que hoy lo necesito más que nunca.

Arturo Jauretche fue llamado por teléfono por un dirigente forjista de Geli.

"- ¿Qué hacemos mañana doctor?"

- ¿Mañana? ¿Qué pasa mañana?"

- Y...la gente se viene para Buenos Aires...Todos están con Perón..."

- ¿Y quién organiza eso?"

- ¿Qué sé yo...Nadie...Todos...¿Qué hacemos nosotros doctor?"

- Mirá...si es así, cuando la gente salga ¡garrada la bandera del comité y ponete al frente!"

Y el líder forjista, que nada sabía de semejante movimiento, sonreía al recuerdo: "Pedro Arnaldi movía 30 votos en Gerli.

El 17 de octubre a la madrugada pasó el puente Pueyrredón con su bandera, al frente de diez mil almas".

Miércoles 17 a la mañana

La gente se venía nomás. En algunas fábricas de Avellaneda había piquetes que invitaban a concentrarse en la avenida Mitre, pero no en muchas. Una consigna telepática en las puertas a los obreros y los hacía rumbo a la avenida Mitre que desde las siete de la mañana hierve de gente. "¡A Buenos Aires!". ¡A traer a Perón!". No solamente en Avellaneda; en Banfield, Gerli, Quilmes, Lanús. Los primeros pudieron cruzar el puente muy de mañana, pero a las ocho Emilio Ramírez consiguió que la policía lo levantara. No importa: se cruza en las barcas semi podridas amarradas a la ribera, o en tablonces improvisados, o nado. No eran hombres solamente: mujeres, muchas mujeres, algunas con niños colgados al pecho. Media hora después el puente volvió a tenderse, porque las órdenes del jefe de policía se cumplían a medias. Los ferrocarriles no circulaban, los tranvías tampoco, porque el personal se sumaba a la columna.

No era Bs. As. solamente. Los obreros de la carne de Berisso y Ensenada avanzaron hacia la plata: silban a la Universidad, apedrean el diario *El Día* y a las doce improvisan un acto frente a la Casa de Gobierno provisional. Después llevados en camiones y automóviles incautados, irán a Plaza de Mayo. En Tucumán los trabajadores de los ingenios azucareros, en huelga desde el día anterior, marchaban a pie, desde el 16, desde Lules y Mercedes: en la ciudad se les unen los ferroviarios y la población anónimo de los ranchos de las afueras. Sin que nadie se atreva a impedirlo. Reclaman en la escalinata de la Casa de gobierno el

regreso de Perón. En Córdoba y de las canteras dominó las calles centrales, silbó al Jockey Club, al club Social, al Instituto Cultural Argentino Norteamericano. No hubo mayores desmanes: una alegría, una inmensa alegría traducida en cantos, bailes, saltos – sobre todo saltos – los embargaba. En otras ciudades los grupos de trabajadores obligaban a cerrar los comercios.

A medido día, las calles de Bs. As. que llevaban a la plaza de Mayo: Belgrano, la avenida Corrientes, Santa Fe, hormigueaban de hombres y mujeres que vivaban a Perón, repitiendo su nombre en aires de moda: “Yo te daré, te daré Patria hermosa/ te daré una cosa/ una cosa que empieza con P/ ¡Perón!”

Angel Perelman, dirigente metalúrgico, vio llegar muy de mañana al Sindicato de la calle Humberto I a unos compañeros de Barracas, que a esa hora suponía trabajando:

“- ¿Qué pasa?”

- En Avellaneda y Lanús la gente se está viniendo al centro”.

“- ¿Cómo es eso?”

- No sabemos quien largó la consigna, pero están marchando desde hace unas horas hacia Bs. As.”

“- ¡Pero si la CGT resolvió anoche que la huelga para mañana! ¿Qué es esa marcha?”

- La cosa viene sola. Algunas fábricas que estaba trabajando, han debido parar: los hombres en vez de irse a sus casas enfilan a la Plaza de Mayo. ¿Ustedes saben algo?”²⁴².

Gente que no estaba acostumbrado a ver en las calles del centro de las ciudades, los despreciados cabecitas negras (como los llamaban despectivamente los rubios, cuyos padres vinieron de Polonia o Ucrania) venidos de la campaña para trabajar en las fábricas de las orillas ciudadanas, desarropados como andaban los obreros de entonces (descamisados los llamará Américo Ghioldi). “¡Si galera y sin bastón/ los muchachos de Perón! Sucios con la grasa y el aceite del Riachuelo, destrozadas las alpargatas por la caminata; pero alegres, muy alegres, al verse juntos y saberse tantos. Los más jóvenes marchaban con saltos. “¡Aquí están/ estos son/ los muchachos de Perón! “Si esto no es pueblo?! ¿el pueblo dónde está?” No iban en orden zigzagueaban a lo ancho de las avenidas como si tomaron posesión de algo suyo. Silbaron al pasar ante la Casa Socialista herméticamente cerrada; hubo también silbidos, muchos silbidos, ante el edificio de *Critica* a la altura del 1.3000, aplausos a *La Época* unas cuadras más allá, silbidos estruendosos a *La Razón* y sobre todo a *La Prensa*. Pero nada más: ninguna piedra cayó el cortinaje metálico que protegía las vidrieras cerradas.

Oí consignas nacionalistas – nuestras consignas – que me desconcertaron porque no imaginaba que hubieran llegado hasta ellos. “¡Patria si, colonia no!” “¡La Argentina para los argentino!”

Vi episodios entre dramáticos y risueños. Frente al edificio, donde estaba entonces el club del Progreso, en avenida de Mayo al 600 un señor de edad trajeado a la antigua, de galera, cuello palomita chaleco (seguramente un socio de la institución), apoyado en su bastón, con las dos manos atrás, contemplaba el curioso espectáculo. Uno de los descamisados que marchaba por la vereda, dio un golpe con el pie al bastón haciendo caer al anciano. Este se levantó y dio un bastonazo en la cabeza al insolente, que cayó al suelo. Los manifestantes de la calle, al ver a su compañero caído, corrieron hacia él, produciendo un desparramo. El caballero de la galera y el bastón no escapó: esgrimiendo su palo esperó el acometido. Yo y supongo que todos, lo dimos por muerto. Los descamisados llegaron hasta el caído, lo ayudaron a levantarse: “¡No te hemos dicho que hay que andar con cultura, *caracho!*... ¡Discúlpelo, señor!

Comprendí que esa gente de bromas infantiles y procederdes hidalgos, que se burlaba de lo ridículo pero respetaba lo respetable, que atravesaba el Riachuelo a nado, que venía de los más apartados arrabales para jugarse por un amigo, era mi gente, sentía la vida como yo, tenía mis valores, no se manejaba por palabras sino por realidades: era el pueblo, mi pueblo, el pueblo argentino, el pueblo de la Revolución de los Restauradores, de las invasiones inglesas y las jornadas de 1819, el pueblo de la noche del 5 al 6 de abril de 1811; el pueblo tantas veces mencionado en los programas de los partidos político y en los editoriales de los diarios con frases de retórica. No era un ente lequía: era algo real y vivo. Comprendí donde estaba el nacionalismo. Me vi multiplicado en mil caras, sentí la inmensa alegría de saber que no estaba solo, que éramos muchos.

Compartí su alegría, comprendí que mi lugar estaba con ellos.

Algunas cosas me habían alejado de Perón, pero eran minucias ante esa inmensa realidad;,,, cosas accidentales que no podía anteponer a lo esencial. Lo importante era que el pueblo siguiera a Perón, como a los grandes caudillos de otros tiempos, que Perón tuviera los mismos enemigos de los caudillos, pagados de palabras, o intereses, incapaces de sentir el latido de lo grande. Comprendí que la voz del pueblo era la voz de Dios, que el pueblo ama y los enemigos del pueblo odian; porque Dios se hizo hombre entre los humildes y se rodeó de humildes para predicar la Verdad. En el pueblo estaba la Verdad, no en el mundo de las apariencias y frivolidades.

Más allá lo vi a Jauretche, impresionado por el espectáculo, pero algo apesumbrado: “Estos sienten como nosotros, piensan como nosotros, pero ninguno nos conoce; si fueran enemigos ya nos hubieran apaleado”. Formamos un grupo de nacionalistas y forjistas junto a las arcadas del Cabildo. En ese mismo lugar, ciento treinta y cuatro años antes, los orilleros de la noche del 5 al 6 de abril vinieron a darle sentido nacional a la Revolución que los doctores no sabían conducir. “El subsuelo de la Patria sublevado” lo

²⁴² A. Perelman, *Cómo hicimos el 17 de octubre* (ed. Coyoacan, BS. As., 1961).

definiría con a Raúl Scalabrini²⁴³; “No hay rencor en ellos – observaría Leopoldo Marechal – sino la alegría de salir a la visibilidad en reclamo de su líder”²⁴⁴. Pero no todos sentían ese latido de patria como nosotros.

“¡Es un carnaval!” lo define alguno ante las protestas de Marechal para quien a la Patria debía amar en esas caras concretas y no en figuras literarias. “Si fuera un carnaval sería triste, como son nuestros carnavales; pero esto es alegre, es otra cosa” corregirá, creo, Jauretche. “¿Quién lo habrá organizado? ¿Evita, Mercante, el capitán Russo, la CGT...?” preguntó otro. “Sólo un genio pudo haberlo hecho, por eso creo que no lo organizó nadie”²⁴⁵.

No nos pusimos de acuerdo. Y desde ese momento hubo nacionalistas y forjistas de un lado y nacionalistas y forjistas del otro. Todos con idéntica sinceridad. Quienes sentimos al pueblo esa noche del 17 de octubre de 1945 y quienes lo despreciaron desde el mundo desde el mundo perfecto de las apariencias.

Perón y su pueblo

Perón se había quejado a Farrell de que lo tuviera confinado en una dependencia de la marina, que no correspondía a un militar de tierra. Pidió a su médico, el doctor Mazza, que informase desfavorablemente la incidencia del clima de la isla en su salud, para reforzar el traslado. Farrell ordenó su traslado al Hospital Militar (noticia que adelantaría *La Prensa* del 16); pero Vernengo ordenó que 2 médicos de su confianza (Nicolás Romano y José Tobías) examinaran a Perón para constatar el mal estado de salud alegado. En la noche del 16 llegaron los médicos a Martín García, pero Perón se negó a ser revisado. Vernengo debió acceder, entonces, a la orden de Farrell. A las 6:30 de la mañana era desembarcado en Puerto Nuevo y llevado al Hospital Militar.

Por esos misteriosos hilos comunicantes que suele tener la muchedumbre (confidencias de marineros, conversaciones de porteros y enfermeros) la noticia se filtró de inmediato y grupos que clamaban por Perón se reunían desde las 9 de la mañana en la puerta del Hospital Militar. Naturalmente se les prohibió, pero algunos se ingeniaron para verlo. Perón fue el más sorprendido de lo que pasaba. Desde las 10 de la mañana los militares amigos, enterados de encontrarse en el Hospital, pudieron informarle de la conmoción que ocurría.

En la Casa de Gobierno reinaba el desconcierto. A mediodía eran diez o quince mil los acampados en la Plaza; llegaban nuevas oleadas de todos los puntos del horizonte. Vernengo Lima exigió que la policía los dispersase, pero el jefe no se sentía obedecido. Muy de mañana había dado órdenes que se levantaran los puentes del Riachuelo, pero una hora después manos anónimas los hicieron nuevamente practicables; tal vez loa miamos policías. Sus órdenes de que la guardia de seguridad desalojara la plaza de Mayo, no se cumplía: los subordinados lo oía respetuosamente, hacían la venía, pero y...la guardia no salía. Si algún piquete llegaba a plaza de Mayo, se quedaban en las bocacalles de acceso, como para cuidar a quienes estaban en ella. Ramírez molesto por los telefonazos de Vernengo Lima y el silencio de Avalos, acabó por redactar su renuncia, dejarla sobre el escritorio, e irse.

“El ministro de marina aconsejó que se trajera el ejército, pero a Ávalos no le parecía que disolver a pacíficos manifestantes, fuera función militar. Una represión del pueblo por el ejército era inusitada para los militares argentinos. Podían luchar contra otros militares como en el 90, imponerse a un gobierno que no tuviera apoyo militar como en 1930 a 1943, pero usar las ametralladoras contra hombres y mujeres y niños desarmados no estaba en los usos argentinos.

En las últimas horas del 16 Ávalos lo había dicho por radio: “El ejército no intervendrá contra el pueblo en ninguna circunstancia”. Si la policía no podía o no quería hacerlo, el ejército no asumiría esa responsabilidad”²⁴⁶.

²⁴³ *La frase la repite en Los ferrocarriles deben ser del Pueblo argentino* “Tierra sin nada, tierra de profetas”, BS. As., 1946.

²⁴⁴ La recuerda Palabras de Leopoldo Marechal, de Alfredo Andrés (ed. C. Pérez, Bs. As 1968)

²⁴⁵ Estos recuerdos no tienen otro valor que mi memoria.

²⁴⁶ Potash (posiblemente impresionados por actitudes de 1956) no puede explicarse por que Avalos no ordenó – como se lo pedía Vernengo Lima – que el ejército, juntamente con la marina, aplastasen al pueblo. “Cuando analizamos el desenlace del enfrentamiento del 17 de octubre – dice el escritor norteamericano – forzosamente llegamos a la conclusión de que el general Avalos fue quien permitió el retorno de Perón (...). La falta de firmeza del general Avalos, después de dirigir el movimiento que había derrocado a perón 9 días antes, da pie a un sugestivo interrogante (...) Ávalos rehusó firmemente refrendar medidas que pudieran provocar bajas civiles. Por tratarse de un oficial instruido profesionalmente en el uso de la fuerza, su actitud ciertamente fue desusada”. La explica por un “profundo sentimiento de culpa” que le habría producido el tiroteo del 4 de junio de 1943 frente a la Escuela de Mecánica de la Armada 8El ejército..., págs. 399/400).

Potash podría darse cuenta de la conducta de Ávalos, comprendiendo que al soldado argentino se lo “instruye profesionalmente en el uso de la fuerza” para usarlas contra enemigos igualmente instruido en ella, pero no para enfrentar al pueblo desarmado. Podría recordar que el general Nicolás Levalle, uno de los militares más auténticos de nuestra historia, dijo el 31 de julio de 1890 siendo

Vernengo Lima, pensó en usar marineros para desalojar la plaza, y dio instrucciones a las unidades de Puerto Nuevo de mantenerse alertas. Pero debió reflexionar y no dio la orden decisiva, a la espera de que Campo de Mayo acompañase; prefirió usar a los estudiantes *fubistas* pidiéndoles que “agradecieran la manifestación popular”. Pero estos se negaron.²⁴⁷

Sir David Kelly, embajador británico en Buenos Aires, ha dejado en sus memorias lo que vio el 17 de octubre. Los gerentes de los ferrocarriles fueron a la embajada a quejarse de que el personal abandonaba, sin causa aparente, el trabajo. “En la tarde de ese día dice Kelly- decidí asumir la responsabilidad de proteger los ferrocarriles. Debo confesar que me impulsaba asimismo una enorme curiosidad por saber qué estaba pasando. Al acercarme a la Casa Rosada había un cordón de policía montada, pero no hacía nada con la multitud. El chofer quería retroceder y tuve que insistir para que siguiera adelante a muy poca velocidad. Tal como lo había esperado la multitud nos dio paso, no bien vio la bandera inglesa, limitándose a gritar en forma amistosa: “¡Abajo Branden! ¡Viva Perón!”. Llegué a la Casa Rosada y el ministro de marina (el único que estaba en ese momento) me prometió que haría todo lo posible en el asunto de los ferrocarriles; pero por el momento ni él mismo estaba seguro de lo que estaba sucediendo”²⁴⁸.

Avalos iba y venía de la Casa de Gobierno al ministerio de guerra, y a la casa de Barón Biza. Al cruzar con su automóvil ante la gente aglomerada oyó gritos de “¡Traidor!”, pero ni una piedra se lanzó contra su coche. El tiempo era pesado y amenazaba tormenta; tal vez una lluvia providencial disolviera la gente. A eso de las 13 empezaron a caer gotas: “Aunque caiga el chaparrón – todos, todos, con Perón” cantaba la multitud sin abandonar la plaza. La lluvia cesó, y un aire limpio, vivificante se dejó sentir.

Para las 17 la Plaza de Mayo contenía más de cien mil personas. Habían llegado los obreros de los frigoríficos desde Ensenada y Berisso, que hasta ese momento estuvieron en La Plata; camiones incautados traían gente de Santos Lugares, Cañuelas, Campana. Los aglomerados en el Hospital Militar habían sido convencidos de sumarse a los de plaza de Mayo: allí se realizaría el acto final. Clamando “¡Perón, Perón!, ¡viva!” marcharon al centro.

Al cruzar el aristocrático Barrio Norte de persianas y puertas firmemente cerradas, coreaban para ofender los castos oídos de la “Oligarquía”.

“¡Maricones a otra parte,
¡Viva el macho de Eva Duarte!”.

A las 18 salieron los diarios vespertinos. No siquiera los periodistas sabían lo que pasaba:

El peronista *La Época* anunciaba para el día siguiente “una marcha de la Verdad”; daba cuenta de la huelga de la CGT para el 18; informaba que Perón estaba en el Hospital Militar, y que grupos de obreros desfilaron por la Avenida de Mayo.

Noticias Gráficas daba grandes títulos y primer plano la constitución del gabinete por Álvarez. En parte inferior de la página 3 mencionaba en cuerpo doce una “agitada reunión frente a la Casa de Gobierno”.

La Razón también informaba en primera página del próximo gabinete. Pero en las interiores, y en cuerpo menor, decía que “numerosos grupos en abierta rebeldía, paralizaron en la zona sur los transportes y obligaron a cerrar las fábricas, uniéndose luego en manifestación hacia la Capital”.

Crítica bajo un título: “Grupos aislados que no representan al auténtico proletario argentino tratan de intimidar a la población, fotografiaba a ocho o diez desocupados que con aire aburrido marchaban por la avenida de Mayo: “He aquí una de las columnas que desde esta mañana se pasean por la ciudad en actividad revolucionaria. Aparte de otros pequeños desmanes, sólo cometieron atentados contra el buen gusto y contra la estética ciudadana afeada por su presencia en nuestras calles. El pueblo los vio pasar, primero un poco sorprendidos, y luego con glacial indiferencia”.

Vernengo Lima perdía la calma. “¿Qué hacemos?” gesticulaba a Avalos que se negaba a dar órdenes de marchar a Campo de Mayo. Como sola medida había pedido que le trajeran a Mercante a su presencia (estaba arrestado) y le ordenó que impusiera calma a “esa gente” que amenazaba apoderarse de la desgarnecida Casa de Gobierno. Farrell asomado a una ventana, sonreía: “Esto se está poniendo lindo!”.

Para Mercante hablase, la municipalidad instaló altoparlantes: “¡Calma, calma” alcanzó a decir el ex subsecretario de Trabajo. “Si quieren a Perón, ya lo tendrán...”. No pudo seguir; Ávalos lo sacó del micrófono. “¿No me había pedido, mi general, que impusiera calma?” se disculpó el teniente coronel. El ministro ordenó que volviera a su arresto. “Mientras resuelven lo que hacen, yo me voy a la Residencia” dijo Farrell; tranquilamente tomó su automóvil abriéndose paso entre la multitud. Que al reconocerlo, lo

ministro de guerra del presidente Juárez Celman: “Que si se trataba de pelear con fuerzas organizadas, fueran pocas o muchas, podía contarse con él; pero si es contra el pueblo indefenso, mujeres y niños ¡Jamás! (Historia Argentina, T. VIII, pág. 289, ed. De 1969.

²⁴⁷ Referencia de Luna, ob. cit., pág. 421, nota 73.

²⁴⁸ Sir Edward Kelly *The Rolling fews* (traducido al español: “El poder detrás del trono”, ed. Coyoacan, Bs. As. 1962.

aplaudía: el pueblo tiene intuiciones certeras. Nada sabía de los entretelones pretorianos, pero el pueblo silbaba a Ávalos y aplaudía a Farrell. Ávalos extrañado por los aplausos a Farrell, que oyó desde el balcón, habló con el “arrestado” Mercante....¿Qué hacer? Porque la gente de la gente de la plaza hacía antorchas con los diarios de la tarde, especialmente con *Crítica* cuyos paquetes sin abrir habían traído los propios canillitas para alimentar el fuego. ¿Esa gente quemaría la Casa Rosada? Mercante le aconsejó que fuera al Hospital Militar a hablar con Perón; conversando la gente se entiende. En el automóvil del ministro, Ávalos y Mercante cruzaron entre la multitud. Esta vez hubo aplausos para Mercante, tal vez a Ávalos ya que se le tenía en cuenta. Eran las 20 horas. Al mismo tiempo llegaba el automóvil del embajador inglés, recibido como vimos con ¡vivas ¡ a Perón y ¡muera! A Braden, pero sir David no encontró a Farrell ni a Ávalos. No había otro “gobierno” que Vernengo Lima y éste “no estaba seguro de lo que estaba sucediendo”, y le preocupaban otras cosas más que los ferrocarriles ingleses. Media hora después llegó el secretario del Dr. Álvarez con la lista íntegra del gabinete. Se sentó en antesala a esperar a Farrell.

No se sabe con certeza lo que hablaron Ávalos y Perón en el Hospital Militar. Ávalos lo calló y Perón preguntado por esa entrevista, alegó no recordarla²⁴⁹. El coronel Tanco vio que Ávalos “gestionaba animadamente en actitud de dar explicaciones y su interlocutor lo escuchaba en silencio; al final le dio unas palmaditas cariñosas en el rostro, como tranquilizándolo”²⁵⁰. Lo único cierto es que al regresar a la Casa de Gobierno, el ministro de guerra informó telefónicamente a Campo de Mayo que Perón hablaría al pueblo desde los balcones de la Casa de Gobierno, sin agregar comentarios.

Para esa horas- 21 a 21.30- se habían producido algunos hechos revolucionarios en jurisdicción de la Capital. El coronel Ramírez, al verse desobedecido por la tropa, había abandonado la Policía. Recibidos con alborozo por el personal, los coroneles Velazco y Molina jefe y subjefe hasta el 9 de octubre, retomaron sus funciones como si nada hubiera pasado, y ordenaron medidas para mantener el orden (se decía en *Crítica* había comandos civiles para ametrallar a los manifestantes cuando regresaran de la plaza). El coronel Carlos Mujica, hasta el 14 jefe del regimiento 3 de infantería. “En un gesto de audacia superior, propio de su reacia personalidad” dice el general Franklin Lucero, tomó preso al jefe que lo sustituyó y asumió el comando²⁵¹.

Algunos descamisados habían conseguido colarse en la Casa de Gobierno (“se lo vio a Farrell hablando con Ávalos bajo la atenta mirada de un desconocido en alpargatas” dice Luna)²⁵². Antille, valido de su condición de ministro de hacienda, quiso hablar por el micrófono “en nombre de Perón”. Empezó diciendo que “era el delegado de Perón”, cargo que se arrogaba por su cuenta. No pudo seguir: “¡Perón sí, otro no!, la gritería fue estruendosa. La multitud no sabía quien era Antille, pero lo intuía.

¿Qué pasaba con Perón que no venía?...Ávalos debió decirle que lo haría a pedido de Farrell, desconociendo, por lo tanto, a los revolucionarios del 9. No regresó con Ávalos, y esperó en el Hospital Militar hasta que trajeron la invitación del presidente para que fuera a conversar con él a la Residencia.

A las 21.45 Perón está con Farrell. Se sabe que éste le entregó, despachada su solicitud de retiro. En palaza de Mayo los altoparlantes repiten que Perón hablará a las 23. Tal vez para aquietar a la gente porque nada concreto se sabía. En la Casa de Gobierno, había alguien que no creía en la llegada de Perón: Vernengo Lima, esperando que Campo de Mayo limpiase la plaza de desarrapados; cuando las fuerzas de tierra iniciasen la marcha, la marina desembarcaría sus marineros, y ambas borrarían el recuerdo de la infausta jornada.

Cuando Perón está con Farrell en la Residencia, sabe que la Policía y el 3 de infantería apoyarán al pueblo si se produjera la agresión de la Marina y Campo de Mayo. No cree que lo haga éste, porque conoce al ejército; pero tiene dudas sobre la marina. Es un arma aristocrática y ha estado lejos del pueblo. Pero ¿se animará a asumir sola la responsabilidad de agredir al pueblo?

A las 22 y 30 Farrell y Perón entraron a la Casa de Gobierno por una puerta excusada sobre Paseo Colón: no podían hacerlo de otra manera, dada la multitud. Su llegada pasó inadvertida por la gente aglomerada en la plaza de Mayo que seguía clamando por su líder. En cambio produjo desconcierto en el Salón Blanco: Vernengo Lima se quitó rápidamente el uniforme detrás de un biombo, y se fue por la misma puerta “de socorro” por donde acababa de entrar Perón. Lo mismo hizo el representante de Juan Álvarez.

²⁴⁹ Luna, pág. 362.

²⁵⁰ Tanco a Luna, cit. por éste.

²⁵¹ F. Lucero, *El precio de la lealtad*, citada pág 34.

²⁵² *El 45*, pág. 362.

Ante la puerta del balcón, Farrell y Perón cambiaron algunas palabras. Posiblemente el presidente le pidió que omitiera mencionar su detención en Martín García. Daban exactamente las 23 cuando ambos se asomaron al balcón. Estaban los altoparlantes, pero la municipalidad había omitido reflectores, y desde la plaza no se podía distinguir exactamente quiénes se movían en la altura. Pero un inmenso grito se alzó: ¡Perón! ¡Perón! No se lo podía ver, pero se sabía que estaba allí.

¿Cuánta gente había en la plaza en ese momento?...La *Época* dirá que un millón; pero el número es exagerado; *El Mundo* (nada peronista) que medio millón; yo, que me encontré allí, sólo puedo decir que ocupaban casi toda la extensión de la plaza. No me puse a calcular cuantos éramos; sólo que muchísimos. Pero lo impresionante no era el número, sino el entusiasmo, la alegría, los saltos, los gritos, los cantos, el subir y bajar de las antorchas. No era una manifestación disciplinada: reinaba una absoluta, cordial, magnífica, indisciplinada.

Farrell señaló el micrófono a Perón (dicen los que estuvieron junto a ellos), pero el coronel hizo el gesto de rehuirlo: que hablara primero el presidente de la República. Desconcertó a Farrell, pero empuñó el altoparlante: "¡Atención señores!...El hombre que por su dedicación y su empeño ha sabido ganarse el corazón de todos, el coronel Perón..." Por largo rato se oyen gritos, aclamaciones, vivas a Perón, bailes y saltos de los más entusiastas: "¡Perón, Perón!" Un locutor reclama silencio para que siga el presidente. Este sonreía feliz; Perón, absorto, miraba la multitud: daba la impresión de no creerlo posible. No había dado importancia a las primeras noticias que le trajeran: cosas de los muchachos... Todavía en el Hospital Militar había preguntado a Tanco:

"¿Hoy mucha gente, che? ¿Realmente hay mucha gente?..."

Farrell consiguió seguir su discurso: habló que el gabinete había renunciado, que el gobierno no sería entregado a la Corte; trataba de no mencionar el nombre de Perón para no verse interrumpido, y terminar rápidamente. En realidad nadie lo escuchaba: la gente bailaba, cantaba, vivaba a Perón. Quizá en apoyo al presidente se alzó piadosamente una fuerte voz: "¡Farrell y Perón, un solo corazón!", coreado por la multitud. Aprovecho Farrell para poner punto final. "Nada más". Perón lo abrazó, mientras una multitud repetía la simbiosis "...un solo corazón", que perduraría con otros nombres a lo largo de la vida del líder.

Ahora es el momento de Perón. Tomó el micrófono: "¡Trabajadores!"... "¡Es él!"... la voz inconfundible de Perón no permitía las dudas, si alguno las hubiera tenido, ya que la oscuridad del balcón no dejaba distinguirlo desde la plaza.

No fue un discurso, que pocos hubieran oído entre los gritos y los vivas. Fue la comunión de un pueblo con su ídolo: gente que saltaba, lloraba, coreaba estribillos, acompasándose con antorchas. Un locutor clamaba que no se obligase al orador a alzar la voz, dado su estado de salud. Una voz, desde los altoparlantes, inició las estrofas del himno, coreado por cientos de miles de gargantas, tal vez para calmar el ambiente. Perón dirá que ese respiro le permitió ordenar sus ideas, porque la emoción lo trababa.

"¡Trabajadores!", repitió sobreponiéndose a los gritos y vivas que siguieron al himno, que no por escucharse la voz del líder callaron. "Hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser un patriota, y la de ser el primer trabajador argentino...(aclamaciones "El primer trabajador! ¡El primer trabajador!")...En la tarde de hoy el poder ejecutivo ha firmado mi solicitud de retiro del servicio activo del ejército. (¡Para nevarse con nosotros! ¡Perón el primer trabajador!)... Con ello he renunciado voluntariamente al más insigne honor al que puede aspirar un soldado: lucir las palmas y los laureles de general de la Nación. Lo he hecho porque quiero seguir siendo el coronel Perón y ponerme, con este nombre, al servicio integral del pueblo argentino (¡El pueblo con el coronel Perón!)...confundiéndome con esa masa sufriente y sudorosa, que elabora el trabajo y la grandeza de la patria (¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?)."

Se separaba del ejército en el pasó 35 años de su vida, dolido porque sus camaradas lo abandonaron, fuera de pocos que lo seguían con lealtad. ¿Sería imposible la unión de militares y obreros? Sus camaradas prefirieron a los políticos, pero los políticos lo desdénaron; los obreros estaban agradecidos a la revolución militar que les dio derechos y orgullosos en una República en la que eran París. Había sido un militar en actividad quien valoró a los trabajadores; pero ese militar sólo lo haría en el grado juvenil: el coronel Perón, jefe de los trabajadores.

"...Dejo, pues, el honroso uniforme que me entregó la patria para vestir la casaca de civil, y confundirme con esta masa sufriente y sudorosa que elabora el trabajo y la grandeza de la Patria. Con esto doy un abrazo final a esa institución que es un puntal de la Patria: el ejército. Y doy también el primer abrazo a esta masa grandiosa, que representa la síntesis de un sentimiento que había muerto en la República: la verdadera civilidad que es el pueblo. (¡El pueblo! ¡El pueblo! ¡El coronel Perón con el pueblo!)...el pueblo sufriente que representa el dolor de la tierra madre que hemos de reivindicar. (¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?)..." Muchas veces he asistido a reuniones de trabajadores...pero desde hoy sentiré un verdadero orgullo de argentino porque interpreto este movimiento colectivo, el renacimiento de una conciencia de trabajadores, que es lo único que puede hacer grande e inmortal a la Patria". (¡Que diga donde estuvo!)..." Muchas veces me dijeron que este pueblo, al que yo sacrificaba mis horas, de día y de noche, habría de traicionarme...(¡Nunca! ¡Nunca!)...¡Que sepan esos indignos farsantes que el pueblo no engaña al que no lo traiciona! (¡El pueblo con Perón!)..."

Por eso quiero que se cree un vínculo de unión entre las verdaderas y auténticas fuerzas de la nacionalidad y el orden, un vínculo que haga indestructible la hermandad entre el pueblo y el ejército y la policía...(¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?)...Esta unidad que sentimos los verdaderos patriotas, porque amar a la Patria no es amar sus campos, sino amar a nuestros hermanos... (¿Dónde

estuvo?... ¿Preguntan ustedes donde estuve?... ¡Realizando un sacrificio que lo haría mil veces por ustedes! (¿Dónde? ¿donde?)... Ante tanta insistencia les pido que no recuerden lo que yo mismo he olvidado. Porque los hombres que no son capaces de olvidar no merecen ser queridos y respetados, y yo aspiro a ser querido por ustedes (¡El pueblo con Perón!) y no quiero empeñar este acto con un mal recuerdo....

Agradeció “las preocupaciones que han tenido por este humilde hombre que les habla.... Por eso los abrazaría a todos, como abrazaré a mi pobre vieja...”

Fue el clímax. Hablar de la madre era emocionar a esa gente humilde. Por un momento hubo un silencio respetuoso. Perón repitió que iría a “abrazar a mi pobre viejita, por lo que había sufrido en estos días”²⁵³.

Dejó pasar la emoción que produjo el recuerdo de *la vieja*, para decirles que debería cesar el movimiento obrero, pues ya no había causa y que retornaran al trabajo.

“¡Mañana es San Perón!” “Como hermano mayor les pido que retornen al trabajo”. (¡Mañana es San Perón!)... Sonrió ante la frase: podía concederlo “por esta única vez, ya que no volvería a ser Secretario de Trabajo.... Realicen el paro (¡Mañana es San Perón, que trabaje el patrón!)... festejando la gloria de esta reunión de hombres de bien, de trabajo, que son la esperanza de Patria”.

Les rogó que se desconcentrasen con cuidado porque “entre ustedes hay mujeres obreras”. Anunció que se retiraría por un tiempo para “reponer fuerzas y volver a luchar hasta quedar exhausto si fuera preciso”. Finalmente les pidió que se quedasen “quince minutos más para llevar en mi retina el espectáculo que ofrece el pueblo desde aquí”.

Continuó de pie en el balcón, agradeciendo los clamores con los brazos en alto, las manos unidas, como dando un apretón de manos a los concurrentes. Las antorchas bajaban y subían, los saltos distorsionaban a los más jóvenes, los gritos enronquecían a los adultos. Se despidió con un amplió ademán y entró al Salón Blanco. Los aplausos y los vivas siguieron largo rato.

Los obreros habían venido de muy lejos, para abandonar Buenos Aires sin recorrerla, pese a la hora (era la una de la mañana) y el cansancio de dos jornadas. Con las antorchas en alto numerosos grupos se fueron a recorrer el aristocrático barrio Norte. “¡Aquí están ¡jestos son! ¡Los muchachos de Perón!” . Hubo pánico porque se creyó, debido a las antorchas, que lo incendiarían. Pero no hicieron otra cosa que pasear y cantar. Aunque el terror que hubo esa noche sin policías, con las bandas de desarrapados que saltaba y bailaban esgrimiendo antorchas, no se le perdonaría jamás a Perón. Creyeron que los impulsaba el odio (¡tanto se había hablado del resentimiento de *la canalla*), pero el pueblo no sabía odiar: reían, bailaban y cantaban sintiéndose dueños de esas calles elegantes, que muchos no conocerían. El único desmán fue arrastrar la chapa profesional de Alfredo Palacios y llevársela en triunfo. En La Plata y Córdoba hubo vidrios rotos y golpes en las puertas de los diarios antiperonistas y de los de las universidades.

No eran ellos los que odiaban. Odiaban los impotentes, y ellos se sentían ahora los más fuertes. Al pasar una columna de desharrapado frente a *Crítica* y silbarla, los del diario contestaron con una descarga que causo dos muertos. Aquí si llovieron piedras sobre las cortinas de hierro, y se trató inútilmente de forzar la puerta, mientras *Crítica* tocaba desesperadamente la sirena pidiendo auxilio. Más de una hora siguió la confusión; el regimiento 3 (que acababa de ser rescatado por el teniente coronel Mujica) preparó morteros desde la plaza del Congreso; pero los de *Crítica* se rindieron al inspector de policía Ibarborde. Hubo también disparos desde automóviles, que la policía consiguió silenciar. Se supo que comandos civiles esperaban en otros lugares, bien armados, el prometido desembarco de la marina y avance de Campo de Mayo.

“El grupo de Monteagudo integrado por abogados, médicos, ingenieros, escribanos, etc.- dice Eduardo Augusto García- en número superior a los 150, adversarios declarados de Perón, se ubicó en la esquina de Rivadavia y 25 de Mayo a la espera de los acontecimientos, con el arma amartillada. Felizmente la gente se fue retirando poco a poco hasta dejar la plaza vacía, y los amigos del *Grupo Monteagudo* se encaminaron a sus respectivos domicilios a las dos de la mañana”²⁵⁴.

No hubo desembarco de la marina, ni avance de Campo de Mayo.

²⁵³ Se ha criticado a Perón el “fácil recurso oratorio para un público proclive a venerar a la madre en las sentimentales de Carlos Gardel y Gabino Ezeiza”, que en su caso era una impostura pues la madre de Perón estaba prácticamente distanciada de sus hijos desde que se casó en segundas nupcias y era improbable que hubiera “sufrido tanto en estos días, por un hijo al que raramente veía. Y éste pensara en esos momentos en abrazarla.

El gran apoyo sentimental de Perón era Eva Duarte; las cartas que le mandó de Martín García trasuntan su emoción y Eva había tratado inútilmente que se le permitiera verlo en el Hospital Militar (que no pudo conseguir porque los reglamentos militares son muy estrictos). Sólo pudo hablarle por teléfono; Perón le aconsejó que volviera a su casa de Posadas y lo esperara allí mientras cumplía lo prometido de hablar en la plaza de Mayo.

Es conjeturable que Perón tuviera en la mente de Eva en su desordenado discurso. Estaría ansioso de encontrarse con ella y consolarla “por lo que habrá sufrido en estos días”. Pero no podía nombrarla. ¡Habría sido una transposición inconsciente que hablase de abrazar y consolar a mi *viejita*, pensando en Eva que lo escuchaba por radio y lo esperaba en su casa?... ¿O una salutación deliberada, pues en sus cartas Perón llamaba a *Eva mi vieja o mi viejita*?

²⁵⁴ Eduardo Augusto García, *Yo fui testigo, Antes, durante y después de la Segunda Tiranía (memorias)*. Ed. Laresse, Bs. As. 1971, pp. 336/337.

Perón y Farrell conversaron en la Casa de Gobierno con el jefe de la flota de mar, almirante Abelardo Pantin. Vernengo Lima estaba en pie de guerra con la flota fluvial anclada en Puerto Nuevo, y por intermedio del almirante Mc Lean se comunicaba con Campo de Mayo para la actuación conjunta. Pero no hubo ambiente para recuperar el gobierno por la fuerza de las armas. Avalos, desde el ministerio de guerra, aconsejó que se aceptasen los hechos y su opinión fue compartida por la mayor parte del acantonamiento.

Pantin se ofreció para mediar para que la marina depusiera su actitud. Farrell le ofreció el ministerio de marina, que aceptó con la condición de que “no se tomaran represalias contra Vernengo Lima”.

“Usted debe resolver- le dijo Farrell a Perón- porque es el vencedor.

-No mi general. El que resuelve es usted....

-Bueno... ¿qué hacemos con Ávalos?

- Por mí...que se vaya a su casa”²⁵⁵.

Vernengo depuso su actitud, y no sería molestado en su carrera naval. Ávalos pidió el retiro; no hubo sanciones para los revolucionarios del 9 de octubre.

El 18 fue día de holganza y alegría. Jamás imaginaron los de la CGT que su huelga general alcanzaría tanta proyección. Pero no se trataba de la huelga decretada a escasa mayoría por los sindicatos, sino de *San Perón* pedido por los obreros, y concedido por el coronel. Había que descansar después de tanto trajín. Desde entonces habría una nueva festividad en el santoral de los argentinos: *San Perón* el día de descanso que seguiría (durante diez años) a la manifestación por el 17 de octubre, el “día de la lealtad”.

Por lo tanto el 18 no hubo diarios, ni comentarios periodísticos sobre lo ocurrido (*sólo La Época* con un gran título “Perón ungido presidente por un millón de votos en la Plaza de Mayo”). Los comentarios de los diarios del 19 fueron prudentes: no había editoriales condenatorios. *La Prensa* limitándose a decir “que Perón y Farrell hablaron a una multitud desde los balcones de la Casa de Gobierno”. *La Nación* informó escuetamente que algunos de personas de ambos sexos “han acampado durante el día en la plaza principal, en la cual, durante la noche, improvisaron antorchas sin ningún objeto, por mero placer que les causaba ese procedimiento”; a los pocos días recobró la seguridad y el tono admonitorio. Fustigó “el insólito y vergonzoso espectáculo de los grupos que se adueñaron durante un día de la Plaza de Mayo”. Sólo dijo la verdad *The Times* de Londres (cuyo corresponsal en Buenos Aires al informar en el número del 5-X- 943 del odio a Perón que encontraba en los círculos sociales porteños, conjeturaba sagazmente que “un hombre odiado tan intensamente también debe ser intensamente amado”²⁵⁶.

Los periódicos porteños demostraron su incompreensión total simulada. *Orientación* el vocero del partido comunista se espantaba “...del malevaje peronista que, repitiendo escenas de la época de Rosas y remendando lo ocurrido en los orígenes del fascismo en Italia y Alemania, demostró lo que era arrojándose contra la población indefensa, contra el hogar, contra las casa de comercio, contra el pudor y la honestidad, contra la decencia, contra la cultura, imponiendo el paro oficial, pistola en mano, y (mediante) la colaboración de la policía que, ese día y al día siguiente entregó las calles de la ciudad al peronismo bárbaro y desatado”²⁵⁷. *La Vanguardia*, el día 23 con un editorial de Américo Ghioldi filosofaba que “En los bajos y entresijos de la sociedad hay acumuladas infelicidad y sufrimiento, miseria, dolor, ignorancia, indigencia más mental que física. Cuando un cataclismo social, o un estímulo de la policía, moviliza las fuerzas latentes del resentimiento, se cortan todas las contenciones morales, dan libertad las potencias incontroladas, y la parte del pueblo que viven del resentimiento, y acaso para su resentimiento, se desborda en las calles, amenaza, vocifera, atropella, asalta a diarios, persigue en su furia demoníaca a los propios adalides permanentes”²⁵⁸.

²⁵⁵ “El 17 de octubre de 1945 está aun demasiado cercano en el tiempo y muy frescas sus consecuencias para insistir en ello – dice el contralmirante Aníbal O. Olivieri – (...) fui un argentino más tantos que lo presenciaron y saqué de aquello mis conclusiones inmediatas. El coronel Perón sería presidente constitucional después del serio error político cometido por quienes no se habían percatado que ya no era sólo un coronel, sino la esperanza de millones de hombres. Aquel día el pueblo obtuvo su libreta cívica y adquirió conciencia de su derecho y de su peso en la decisión de los grandes problemas nacionales (...). Varios hombres de la Marina no pensaban lo mismo”. (A. O. Olivieri *Dos veces rebelde*. Memorias, (ed. Sigla, Bs. As. 1958) pp. 26/27.

²⁵⁶ El artículo se titulaba *Todo el poder a Perón*, Potash, pp. 392 y 398.

²⁵⁷ J. J. Real, 30 años de historia Argentina (ed. Actualidad, Bs. As. 1962, ps. 80 a 84). “Los Nazis – peronistas – informó Victorio Codovilla a la Conferencia Nacional del Partido Comunista el 22 de diciembre de 1945 – tienen un plan de acción y una dirección única encargada de hacerlo cumplir. Lo aplican escalonadamente, pero con una audacia sin límites, bajo el amparo de la policía. La huelga del 18 de octubre, lograda en parte por la demagogia social, e impuesta por la violencia, así lo demuestra (...) no hay que llamarse a engaño: el nazi – peronismo sabe actuar audaz y enérgicamente. Esa huelga y los desmanes perpetrados por la banda armadas peronistas deben ser considerados como el primer ensayo serio de los nazis – peronistas para desencadenar la guerra civil” (p. 81)

Juan José Real, entonces dirigente comunista, cuenta en este libro su impresión de las jornadas de octubre: “El 16, al atardecer, llegué hasta el puente de Barracas acompañado por mi amigo el obrero metalúrgico Angel Ghersi; estaban allí contemplando la puja de los obreros por pasar el puente un grupo de intelectuales. Uno de ellos, médico de algún renombre, dijo: “Esto se arregla con un par de ametralladoras”. Arrebatado de indignación, exclamó mi amigo: “¡Eso no, compañero! ¡Eso nunca! Regresamos y durante el resto del día y del siguiente 17, mi amigo y camarada guardó silencio. ¡Estábamos del otro lado de la barricada!” (p. 77)

²⁵⁸ Transcr. Por Luna, p. 379 y segtes.

Cuando la Argentina visible se recobró de su estupefacción, sus centros, agrupaciones y partidos condenaron en “comunicados” a *La Prensa* y *La Nación* lo ocurrido el 17 de octubre:

La FUBA clamaba por el agravio a Palacios “maestro de la juventud”, al robarle la placa de la puerta de su casa, y señalaba “con absoluta intransigencia y con carácter impostergable el problema fundamental de la libertad, condición de todo mejoramiento social”. La FUA decía que la Reforma Universitaria había protegido a la clase obrera y “está no podía progresar asociada a Perón que tiene en sus manos sangre de obreros y estudiantes”. El partido comunista aseguraba que “la auténtica clase obrera representada por sus sindicatos libres e independientes...ha sido ajena a estos desmanes”, el socialista lamentaba “las exteriorizaciones carnavalescas, los desmanes y atropellos inicuos (...); el paro del 18 fue ajeno a la decisión de auténticos trabajadores organizados”, acusando a la Secretaría de Trabajo de “estar retardando el proceso ascensional de la clase obrera, y sus declaraciones de justicia social constituyen un sarcasmo”²⁵⁹.

La Mesa Directiva del radicalismo afirmó el 24 que “las reparticiones públicas planearon al detalle ese acto (del 17), y se sabe con certeza que en gran parte pudo hacerse usando la coacción y la amenaza, (...) se ultrajó a la ciudadanía con la ayuda policial, (...) el número de manifestantes no fue mayor de 60.000, de los cuales en 50% lo constituían mujeres y menores (que no votaban), teniendo informaciones fehacientes de que muchos recibieron dinero para concurrir”²⁶⁰.

Era inútil que la Argentina visible protestara y tergiversara. La otra acababa de materializarse.

EL BIBLIOTE.COM

²⁵⁹ *Ibídem.*

²⁶⁰ *Ibídem.*